



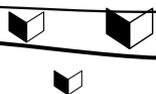
1

Cuentos breves

Adela Zamudio

Serie
Río de Letras

Literatura
Plan Nacional de Lectura y Escritura





1

Cuentos breves

Adela Zamudio

Serie
Río de Letras
Literatura
Plan Nacional de Lectura y Escritura

Cuentos breves / Adela Zamudio 1a. ed. -- Bogotá : Ministerio de Educación Nacional, 2016
p. : il. (Río de letras. Literatura)
“Edición Digital para la Biblioteca 2.0 del PNLE. Obra seleccionadas por ser representativas de la tradición literaria latinoamericana”
ISBN 978-958-691-837-4
1. Literatura 2. Retórica

Plan Nacional de Lectura y Escritura

© Ministerio de Educación, 2016

Juan Manuel Santos Calderón

Presidente de la República

Gina Parody d’Echeona

Ministra de Educación Nacional

Víctor Javier Saavedra Mercado

Viceministro de Educación Preescolar,
Básica y Media

Ana Bolena Escobar Escobar

Directora de Calidad para la Educación
Preescolar, Básica y Media

Paola Trujillo Pulido

Subdirectora de Fomento de Competencias

Sandra Morales Corredor

Gerente del Plan Nacional de Lectura
y Escritura

CIER Centro

Coordinación editorial, diseño, ilustración
y diagramación

Mauricio Arévalo Arbeláez

Edición

Equipo pedagógico del PNLE

Selección de textos y revisión de material

ISBN: 978-958-691-837-4

Las opiniones y expresiones de los autores no reflejan necesariamente las del Ministerio de Educación Nacional.

Reservados todos los derechos. Se permite la reproducción parcial o total de la obra por cualquier medio o tecnología, siempre que se den los créditos correspondientes al autor y al Ministerio de Educación Nacional.

Cuentos breves



Adela Zamudio



Índice

Tabla de recursos	7
Sobre la Colección Literatura	8
Biografía	10
Violín y guitarra	13
El milagro de Fray Justo	33
El milagro	45
El vértigo	53
Rendón y Rodín	59
El velo de la purísima	69
Yo te bendigo	82
La razón y la fuerza	84
La conciencia	86
El primer tren	87
El diamante	90
Fragmento	92
El desconocido	96
La felicidad	98
Pensamientos	102

Tabla de recursos

Encuentra junto a este libro recursos digitales para conocer, comprender e interpretar la obra literaria.



Antes de la lectura

 Animación: Vida y obra de Adela Zamudio 12



Durante la lectura

 Audio: ¿Cómo se debe amar? 28



Después de la lectura

 Galería: Autoras: otras mujeres en la literatura 101



Sobre la Colección

Literatura

La manera de representarnos como individuos y ciudadanos, por medio de la lectura y escritura, dice mucho de la sociedad en la que vivimos y a la que aspiramos. Por ello el Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi Cuento», del Ministerio de Educación Nacional, pone a disposición de los lectores colombianos 24 títulos de literatura latinoamericana que dan cuenta de la riqueza cultural de nuestro pasado literario y de los rasgos más característicos de la cultura latinoamericana.

Se trata de obras seleccionadas por ser representativas de las tradiciones literarias de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, Nicaragua, Perú y Uruguay, entre otros. Son libros que a lo largo de toda la historia latinoamericana han tenido una influencia decisiva en la cultura mundial, pues dejan al descubierto situaciones históricas, sociales y culturales propias de una época determinada, a través de una estética rica en descripciones y en expresiones propias del lenguaje figurado, del humor, de la sátira y de la ironía.

Esta colección de literatura latinoamericana está en formato digital enriquecido por recursos pedagógicos multimedia. Así, además de literatura de alta calidad, ofrecemos contenidos que permitirán el acceso masivo desde diferentes lugares del país, y del mundo, así como una herramienta para el trabajo en el aula y la biblioteca escolar, además de una conexión con las nuevas formas de aprender de niños, niñas y jóvenes de esta generación.

La lectura de estos textos ofrece el contexto histórico, social, político y artístico de cada obra, articulado con las particularidades de forma y contenido significativas para la interpretación. Además, el contenido está dispuesto para que el lector profundice en cada aspecto relevante de la obra a medida que se avanza en la lectura, con actividades de comprensión y apropiación en tres etapas: antes de iniciar la lectura, durante la lectura y después de la lectura.

Gina Parody d'Echeona



Biografía

Adela Zamudio nació en Cochabamba, una de las ciudades más importantes de Bolivia, en 1854, y murió en 1928 en esta misma ciudad. Allí estudió en la escuela de San Alberto, una institución católica, hasta tercero de primaria, que era el último grado al que podía acceder una mujer en aquella época. Sin embargo, siguió estudiando por su cuenta. Leía muchos libros y hablaba con algunas personalidades del mundo político y cultural que le permitieron estar en el centro de la producción del conocimiento en su país. A fines del siglo XIX, sube al poder el Partido Liberal, lo que le permite ingresar al colegio donde estudió como maestra y luego fundar la primera escuela laica de Bolivia, el Liceo de Señoritas que hoy lleva su nombre. Por su educación, tuvo espacios públicos que normalmente no se le abrían a muchas mujeres en estos tiempos. Así, llegó a escribir artículos para *El Herald*o.

En sus artículos abordaba muchos temas, pero los que más le apasionaban eran la supresión de la educación religiosa y la discriminación hacia las mujeres. Además de escribir para el periódico, fue una gran narradora. Tiene en su repertorio tres novelas (*Íntimas*, *La inundación* y *Noche de fiesta*), además de muchísimos cuentos que publicaba con el seudónimo de Soledad.

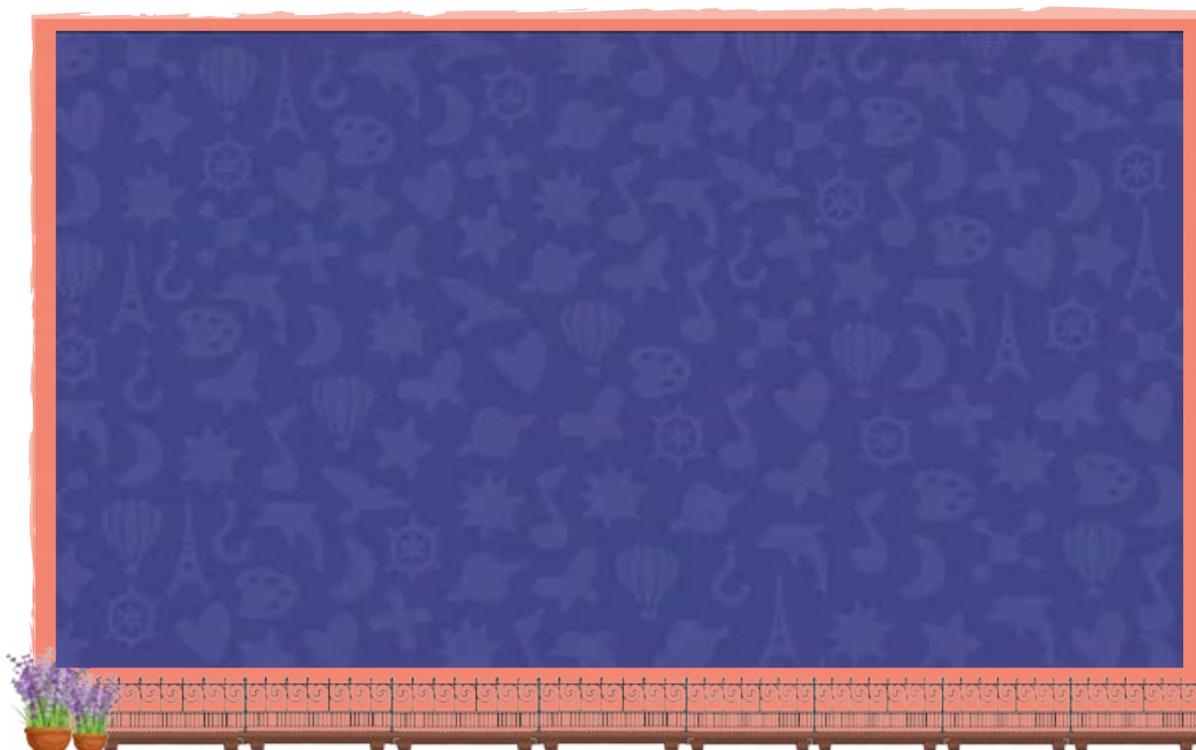
En 1926, el presidente Hernando Siles Reyes le otorgó un premio por ser la figura más elevada de la cultura en Bolivia. En esa ocasión, el rector de la Universidad Mayor de San Simón, Félix del Granado (quien celebró la premiación), declaró sobre Zamudio: “Pueblo, honra y ama al poeta; ámalo porque con sus manos desgarradas, heridas por los espinos del camino, recoge la dorada espiga y amasa el pan; porque, con sus pies sangrantes, desciende a las profundas cisternas en pos del agua con que escancia el ánfora; ámalo porque así sacia tu hambre de belleza y apacigua tu sed de ideal”. Su país la recordó por muchos años en el billete de cinco bolivianos, aunque su obra permanece viva en la tradición literaria todavía. Muchos expertos le otorgan el título de la primera feminista boliviana y una de las primeras latinoamericanas.

A pesar de moverse en un círculo social muy conservador, Zamudio nunca dejó de expresar su opinión y aprovechaba su figura pública y sus contribuciones en el periódico para levantar una voz por las mujeres y por sus ideas liberales. Así, llegó a publicar un poema llamado *Nacer hombre*, que muestra a la perfección sus posturas frente a la discriminación y la importancia del reconocimiento de los derechos de la mujer como ciudadana: “Una mujer superior / En elecciones no vota, / Y vota el pillo peor; / (Permitidme que me asombre) / Con sólo saber firmar / Puede votar un idiota, / Porque es hombre”.



Vida y obra de Adela Zamudio

Observa la siguiente animación. Luego discute con tus compañeros si crees que Adela Zamudio vivió distinto a las demás mujeres de su época.



Violín y guitarra

“Noviembre empezaba... La tarde no era fría, ni las nubes se alzaban”... Por el contrario, ninguna nube empañaba el pálido azul del cielo de la tarde, teñido hacia el ocaso de nacarados celajes.

La perezosa ciudad, molestada por el calor, se agitaba algo más que de costumbre. Desde mediados de octubre se había notado algún movimiento en el comercio, porque la inmigración veraniega exige gastos extraordinarios; pero en las tardes, después de las cinco, cerrados los almacenes, la población quedaba, que se podía bailar una cueca en media calle.

Hasta aquella hora, todos los días, el empedrado de la calle del Teatro resonaba constantemente al paso de los carruajes, que, cargados de gente, se lanzaban fuera de la ciudad: y las muchachas, que al ruido, abrían el balcón para asomar la cabeza, sentían que tras aquellos carruajes y cabalgatas se les iba el alma... Porque entre tanto que abrumadas por el calor se consumían de aburrimiento, allá, al otro lado del Rocha, sobre el suelo accidentado y pintoresco de la risueña vega, a la puerta de las casuchas y bajo el fresco toldo de la arboleda, donde iban todos, se sucedían escenas deliciosas...

Hubo muchacha acomodada que al tomar la diligencia para dejar la ciudad en dirección opuesta renegó de su suerte, envidiando la de las jóvenes pobres cuyas familias, por no poseer una finca en donde pasar el verano, se veían obligadas a refugiarse en la vecina campiña, en donde cien familias alojadas en rústicas chozas se divertían al aire libre, arrostrando los deliciosos inconvenientes de la situación.

Cuando en las tardes de los domingos, una ráfaga caprichosa traía el eco perdido de la banda militar que tocaba en la plazuela del “Regocijo”, aquellos ecos resonaban en los oídos de los desventurados que habían quedado achicharrándose en la ciudad, como la música lejana de un país encantado.

¡Calacala! ¡Queroquero!

Anocheía, cuando un individuo, muy conocido, que había estado ausente varios meses, apareció a caballo en la esquina del “Estanco”, al mismo tiempo que un amigo, que lo había divisado desde lejos, corría a su encuentro con muestras de alegría. El de a caballo echó pie a tierra y se abrazaron exclamando a un tiempo:

—¡Hola, León! ¡Al fin!

—¡Hola, Dieguito!

Había por allí alguna gente, y avanzando unos pasos torcieron hacia el camino de la izquierda donde podían hablar íntimamente con toda libertad. León echando al hombro la brida de su caballo que conducía de tiro, metió la mano al bolsillo y ambos se detuvieron para encender sus respectivos cigarrillos.

—¿Cuándo llegaste?

—Hoy a las dos. Recibí tu carta y abandonándolo todo, monté a caballo y me vine.

—Bien hecho, lo demás hubiera sido una chabonada imperdonable.

Hubo una pausa.

—¿Con que, dijo León, crees que pueda adelantar algo...?

—Si no es ahora, nunca. Bien sabes que el amor, no es, como miente la fábula, hijo de Venus, sino de la ocasión.

—Y crees que aquí se presenten ocasiones.

—Todos los días.

—¿Recibe en su casa?

—Rara vez, pero pasea y visita. No vive encerrada como en la ciudad.

—Supongo que hablando con ella habrás tratado de predisponerla...

—Así, así. Una que otra vez, muy por lo bajo y procurando que nadie se percibiera de ello, le hice bromas con un amigo ausente.

León se quedó pensativo.

—Y dime —preguntó luego alegremente—, ¿qué milagro estupendo ha sido este?

—Caprichos del vejete. Otros años, cuando se le rogaba como a un santo, nada de ceder, y ahora que nadie le dijo palabra, un día de repente, dio orden de que se aseara la casita que tienen aquí, y sin más ni más se vino con la niña.

Quedaron un momento fumando en silencio.

—¿Y qué se hace aquí, se baila?

—Ni una vez. Se ha recurrido a los juegos de prendas.

—¿Asiste ella a esas reuniones?

—Casi siempre. Cuando el viejo no está de mal humor.

—Te advierto, añadió Diego, que tienes que habértelas con una runfla de rivales...

—No importa. Mejor. Con tal de que ella no abrigue todavía ninguna impresión seria por nadie...

—De eso, te respondo. Es, quizá, la única mujer que no ha querido a nadie.

—Lo que hay en esto, murmuró Diego, después de un momento, que hace que valga la pena de emprenderlo, no es, precisamente, que la renta del papá ascienda a tanto o cuanto, sino que es hija única y no hay miedo, para después, de suegra, ni cuñados, ni cosa que valga.

—No, protestó León, créeme, no es eso lo que me decide, sino su persona, su edad, sus gracias, y sobre todo sus prendas morales...

—Hum...

Lo malo era que León no tenía relación con nadie en Calacala.

—¡Oh! No te aflijas, —dijo Diego—. Pronto te presentaré a las amigas. Aquí, como en todas partes, el género masculino anda escaso. Te recibirán de mil amores.

Al día siguiente a la misma hora, otro diálogo, no menos expresivo se entabla entre dos amigas.

Berenguela, de prisa, con el rostro encendido por la emoción y brillando en sus ojos una expresión de triunfo, llegaba a la casa de Blanca que salía a recibirla sonriendo también significativamente.

Un paréntesis: Estos dos nombres en Calacala, son un anacronismo. Mis lectores comprenderán que las dos niñas a que me refiero, no se llamaban Blanca ni Berenguela, ni Sancha, ni Urraca; pero también comprenderán muy fácilmente que, en el reinado de las Carlotas y Marías, Victorias y Margaritas, el hacer uso de cualquiera de estos nombres, daría lugar a interpretaciones y comentarios.

Desde lejos se conocía que Berenguela y Blanca, al saludarse aquella tarde, tenían que comunicarse alguna novedad muy importante.

Cuando se hubieron abrazado, Berenguela fijando los ojos en su amiga, para ver el efecto que en ella iba a producir, pronunció a media voz estas palabras:

—Ha llegado.

—Lo sabía— respondió Blanca sonriendo.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo he sabido por casualidad.

Y Blanca oprimiendo la mano de su amiga para que no añadiera una palabra más, la condujo en silencio, a lo largo de un sendero de arrayanes, al rincón más escondido de la huerta, donde había un tronco caído en que se sentaron.

—¿Qué dices ahora?— preguntó Berenguela.

—No sé qué decirte. Creo que preferiría no verlo. Tengo miedo.

—¿Por qué eres así?— exclamó la otra impaciente. ¡Por Dios, domina ese carácter! Sigue mis consejos. Ya verás, haremos de manera que venga a tu casa.

—¿Para qué? ¿Acaso tengo yo esperanza...?

—Tú tienes la culpa. Mira Blanca; es preciso estudiar y conocer el mundo. Los hombres a quienes todos los días acusamos de atrevidos, son en realidad, los pobres, más timoratos de lo necesario. Apenas hay un hombre que piense en una mujer sin que esta le haya sugerido antes la idea.

—Yo no quiero así. No es ese mi ideal. Prefiero cruzarme de brazos y abandonarme a la corriente del destino.

—¡Mujer! No seas romántica, déjate de ideales. ¿Quieres ser feliz? Acepta la realidad: sé como todas.

—Por otra parte, no se necesita más que un poco de amabilidad. ¿Piensas enviarle salutación?

—¡Si jamás me ha visitado! Estoy segura de que hoy no piensa siquiera que yo existo.

—No importa. Lo saludaré a tu nombre y haré de modo que venga a tu casa. Ya verás...

—Lo único que me alienta —murmuró Blanca pensativa— es que algunas veces, Diego, me ha hablado de él de cierto modo...

—¡Señoritas! —gritó una criada a diez pasos de distancia— visitas.

—¿Quién?

Don Diego y otro caballero más.

—¡Si fuese él!— exclamó Blanca juntando las manos como si se hallase en un conflicto. Se había puesto pálida como un papel.

Cuando llegaron a la casa, León y Diego, aguardaban en el corredor.

Después de las primeras frases de estilo, Berenguela hizo como que se aburría.

—Pero esto está muy feo —dijo— en Calacala no se debe permanecer bajo techo. Blanca recíbenos en la huerta.

—¡A ver! Muchacha, lleva asientos al bosque de perales.



Y los cuatro jóvenes se instalaron en seguida en un poético lugarcito en que el murmullo arrullador de un arroyuelo se mezclaba al cuchicheo de las aves y los rumores de la brisa.

—Si no me engaño —dijo Berenguela a León— usted tocaba el violín.

—Un poquito.

—¿Y qué ha hecho usted del suyo?

—Está en la ciudad.

—¿Sería muy difícil hacerlo traer?

—De ningún modo. Si ustedes lo desean, procuraré recordar algo de lo que sabía.

—¡Cuánto se lo agradeceríamos! En el campo agrada la música, más, si es posible, que en la ciudad, y a falta de pianos, hay que recurrir a otros instrumentos.

—¿No tienen ustedes aquí ninguno? Preguntó Diego.

—Tenemos una guitarra de Marcial que es muy buena, según dicen— respondió Blanca tímidamente.

—¿Quién es Marcial, señorita? Preguntó León fijando en ella los ojos.

—Un... administrador, se apresuró a responder Berenguela con cierto desdén.

—Un primo mío, rectificó Blanca con sencillez. Un joven que se ha hecho cargo de nuestras propiedades en el campo.

Como si hubiese adivinado que se hablaba de él, Marcial se presentó en aquel momento en el bosque de perales.

Avanzó lentamente a saludar a Berenguela y a Diego, fue presentado a León y tomando un asiento, se cruzó de brazos y escuchó en silencio la conversación.

León estaba inspirado aquella tarde. Habló mucho y muy bien.

A las ocho cuando todos se hubieron retirado, Marcial, de pie, a dos pasos de su prima, indolentemente apoyado en el marco de la puerta de la sala, a la luz de la lámpara que ardía en la mesa central, la miró largo rato y le dijo con voz apagada:

—Te felicito. Yo me había figurado que este León no era más que un mueble de salón, muy bien embarnizado, pero nada más que un mueble. Lo juzgo de otro modo y te felicito.

—¿Y por qué?— Preguntó Blanca fingiéndose ofendida.

—Marcial sonrió tristemente.

—¿Piensas que no comprendo lo que te pasa?— Le dijo.

Con el alma inundada de inesperada felicidad, aquella noche, a tiempo de dormir, Blanca sentía que una punzante amargura, especie de remordimiento, envenenaba su dicha. No comprendía cómo hay mujeres que se gozan en inspirar afectos que no han de corresponder. Para entregarse dulcemente a sus ensueños, quería olvidarse de su primo, y hubiera dado la mitad de su dicha porque este, en aquel mes de noviembre, le diera calabazas con Berenguela o cualquiera otra de sus amigas.

Era noche de jueves y en la plazuela del “Regocijo” se susurraba algo... Algún complot fraguado en Queroquero.

Empezaba la lucha de todos los años, mejor dicho, se reproducía. Lucha tenaz. Menos sangrienta, convengo en ello, que la de Güelfos y Gibelinos o las de las dos Rosas, pero más singular que otra ninguna en los fastos de la historia. No son aquí dos familias reinantes que se disputan sencillamente la corona; son dos poblaciones balnearias que, en masa, toman las armas para aniquilarse recíprocamente. ¡Y qué armas!

El gran sauce que se alza al centro de la plazuela del “Regocijo”, mudo testigo de los amores, odios e intrigas de diez generaciones que han venido sucesivamente a cuchichear a su sombra todos los años en noviembre, guarda en su tronco, para oprobio de Queroquero, una señal indeleble, recuerdo de esta lucha sempiterna.

En 1880, Calacala dormía sobre sus laureles. Nadie podía disputarle sus preeminencias históricas, como lo atestigua hoy mismo la llamada Casa del Estanco, mezcla confusa de mezquita musulmana, de quiosco chino y de chalet moderno, prodigio de arquitectura, con su escalera incomprensible, su azotea o laberinto de doce pilarcillos colocados en dispersión, su puerta que mira a la plaza, especie de socavón tenebroso, formado por el espesor del muro, y su sala de la planta baja, que recuerda los “pozos” o cárceles subterráneas de Venecia y en la que el prisionero, esto es, el bañista que allí se alojara, colocando una mesa sobre otra y encima una silla, y encaramándose sobre ellas, tendría en las tardes de paseo, la ventaja de divisar, al través de las rejas de la ventanilla, los pies de los transeúntes que circularan por la calle.

En aquel año de 1880 la viva rivalidad suscitada en Queroquero, era ya un hecho declarado, pero Calacala se reía de ella, descansando en su indisputable superioridad. Los orgullosos calacalenses, engreídos con sus numerosos jardinillos, lanzaron sobre Queroquero epigramas que aludían al mal olor de los extensos cebollares de esta campiña. A este insulto contestó Queroquero afeando los paredones que cercaban las huertas de Calacala, convirtiendo los caminos en callejones.

¡La lucha se entabló!

Dos años después los bañistas de Queroquero, ¡oh audacia inaudita! Solicitaron de la autoridad que la banda de música que, desde tiempo inmemorial, acostumbraba tocar en Calacala los domingos en la tarde, regalase con sus armonías, alternativamente a las dos campiñas. Por efecto de hábiles maquinaciones, esta solicitud fue favorablemente acogida con gran escándalo de Calacala, donde la indignación llegó a su colmo.

Los bañistas de Queroquero, se distinguían por su ardimiento. Para las tardes de paseo en que la banda les correspondía, se había improvisado una plazuela en la que, a imitación de Calacala, se reunía lo más selecto de la sociedad. Si una tarde en Calacala se hacía carreras de caballos, el domingo siguiente en Queroquero había carreras y corrida de sortijas; si en Calacala había enseguida sortija y carreras, en Queroquero el próximo domingo se inventaban arcos triunfales y palo ensebado; si en Calacala se hacía todo eso y además iluminación con farolitos de colores, en Queroquero, se contrataba una compañía de acróbatas que trabajando en media plaza, al aire libre, atraía una multitud de miles de espectadores que acudían de la ciudad y comarcas circunvecinas, alcanzándose de este modo un triunfo definitivo.

En Calacala, la exasperación había llegado a tal punto, que un intendente ¡hombre desalmado! Detuvo y embargó grandes canastos de flores, contratados para una tarde de fiesta en Queroquero. Este atropello dio lugar a un atentado: Una mañana el gran sauce de la plazuela del “Regocijo”, orgullo de Calacala, amaneció ardiendo. Una sábana incendiaria había sido introducida en las sinuosidades de su tronco, y no fue poco trabajo que costó apagar el incendio. El autor de este atentado no fue descubierto. Fue achacado a unos jóvenes, parciales encubiertos de Queroquero, que se recogían de un baile, aquella mañana. También se dijo que los sirvientes de una señora muy principal de Queroquero, vagaban, por ahí cerca, ese día al amanecer.

Hoy, gracias a la cultura de estos tiempos, no hay temor ya de tan sangrientas represalias. La guerra ha tomado otro carácter. Sin embargo, comparando el pasado con el presente, es preciso confesar que, con respecto a las corridas de sortija, por ejemplo, hay entre aquellas y estas la misma distancia que entre los torneos de la Corte de Don Juan II y las fiestas de toros y cañas del tiempo de Felipe IV.

Entonces eran lindas muchachas las que prendían en el brazo del triunfador un lazo de cinta y le alargaban un ramillete de flores, hoy, un toque de ataque para el que acierta y un toque de retirada para el que yerra y pare usted de contar.

Después de aquellos años de preponderancia en Queroquero, se había notado allí cierta decadencia y en la época a que me refiero, la victoria se hallaba indecisa.

... ..

Pasada apenas una semana desde su llegada, León era ya el alma de las reuniones veraniegas.

En Queroquero era el héroe del michi-morongu, y en Calacala no había correos ni secretario sin su intervención.

Luz, la bella y picarona Luz, lo favorecía con marcadas preferencias, lo cual había llegado a traslucirse.

No faltaban envidiosos.

En Calacala, lanzábase de repente en el secretario, papelitos de esta jaez:

“Luz de mi vida — nada me halaga lejos de ti. Calacala es un panteón. Solo a tu lado soy feliz”.

“Firmado.— León”.

O a la inversa.

“León — adorado mío, ingrato, cruel, ¿en dónde estás? Las bellas de Calacala me han robado tu cariño. Me olvidas y yo me muero. — Luz”.

¡Y vaya usted a averiguar quién había escrito aquellos papeles. En el secretario todos desfiguran su letra con igual empeño.

Estas inconveniencias ponían de mal humor a Diego que se inquietaba por el efecto que podían hacer en Blanca, pero León no se cuidaba de ellas ni poco ni mucho. Tenía sus teorías y se decía que los celos son el mejor estímulo del amor.

Entre estas y las otras se pasaba noviembre sin más novedad. Solo faltaban los últimos días de gran paseo, después de los cuales es sabido que el primer aguacero es el toque de retirada para las familias.

... ..

Un numeroso grupo de señoritas ocupaba los asientos que, a manera de gradería, rodean el tronco del gran sauce, cuando León, Diego y otros muchos aparecieron en la plaza.

—Muéstrate amable— dijo Berenguela al oído de Blanca. Mira, hoy es jueves, recuérdale su promesa de ir a tocar un solo de violín en tu casa, compromételo y de ese modo evitamos que vaya esta noche a Queroquero.

Los jóvenes se aproximaron y comenzó el tiroteo de palabras.

—¡Ustedes aquí! Yo los hacía en Queroquero.

—¡Qué milagro!

—¿Por dónde saldrá el sol mañana?

—Pero señoritas, ¡si yo pertenezco a Calacala, si en Queroquero soy forastero! ¡Qué voy a hacer allí!

—Mucho de eso.

—¿Y anoche?

—Nos llevaron por la fuerza.

—¿Puede ese campo de cebollares compararse con este paraíso?— dijo León. Aquí es más puro el ambiente, las flores más fragantes, las puestas de sol...

—Sí, búrlese usted por disimular.

—Desde hoy les pertenecemos alma, vida y corazón; ¿a dónde se juega esta noche?

Estaba anocheciendo y la luna, blanca y brillante, asomaba detrás del cerro de San Pedro.

En aquel instante, un grupo de señoras y señoritas procedentes de Queroquero apareció en una esquina.

Vacilaciones y cuchicheos bajo del sauce. Ya se disponían, como dueñas de casa, a recibir a las forasteras, cuando estas, pasaron, muy tiesas, yendo a sentarse al frente, delante de la casa del Estanco.

Este incidente produjo viva animación al pie del árbol, pero todos bajaban la voz para no ser oídos de las otras.

—Ahí está Luz, León, vaya usted a saludarla.

—Mejor estoy aquí.

—¡Qué tal hipócrita!

—¿Y usted Diego?

—Se les conoce en la cara que ya se mueren por dejarnos.

—Apuesto a que ahora se van con ellas.

—¿Yo? —Dijo León— ¡imposible! Tengo un compromiso en la ciudad.

—Lo veremos.

—Se lo juro.

Poco a poco, todos los jóvenes que rodeaban los asientos del árbol, fueron desapareciendo uno tras otro.

Rafael, Jorge, Roberto, Carlos, Pepe, Manuelito, todos fueron a plegarse a las invasoras. Formáronse grupos alrededor de ellas y de estos grupos salieron voces que llamaban por lo bajo:

—¡León! ¡Diego!

Estos dos eran los únicos que permanecían al lado de las de Calacala.

—León, oiga usted que le llaman. Luz va a enojarse.

—Que me dejen en paz.

Y León seguía conversando tranquilamente.

Pero las llamadas se repetían y al fin, no pudo más; dijo que iba a ver qué querían de él, pidió permiso y se marchó.

En el círculo de las recién llegadas, se conspiraba con actividad; un hermanito de Luz era el agente más listo de la conspiración.

—¡No hay guitarra como la de don Marcial!— decía el muchacho.

—¿Y quién es don Marcial?

—Un joven que toca divinamente.

—¡Pues que lo traigan!

—Es que es muy corto.

—Invítalo a mi nombre, —dijo Luz—. Ya se le quitará la cortedad.

León y Diego aparecieron a este punto.

—¡Paisana!

—¡Oh, paisano!

—¡Paisanita!

Se estrecharon la mano con efusión, como de compañeros en suelo extranjero.

—¿De qué se trata?— preguntó León.

—De reclutar todos los instrumentos y músicos habidos y por haber e ir a organizar un concierto en Queroquero.

—¡Magnífico!

Pronto vinieron los muchachos a dar cuenta de sus comisiones, se ordenó la partida, y las forasteras arrastrando gran séquito de sus servidores se marcharon a sus lares.

La plazuela quedó escueta.

Diego tuvo la precaución de pasar lejos del árbol. León que llevaba a Luz del brazo procuró, por el contrario, que al pasar, se oyese algo de su conversación con ella.

Una especie de estupor reinó en el primer momento bajo el sauce. Luego empezaron a hacerse comentarios a media voz y por fin, al verse solas, las desairadas estallaron, todas a un tiempo, en vivas exclamaciones de indignación.

—¿Se ha visto nunca un porte semejante?

—¡Y se llaman nuestros amigos!

—¡Infames!

—¡Aleves!

—¡Perjuros!

—¡Y todavía hemos de contestar mañana a su saludo!

—¡Dios mío!— Exclamó una, la más ladina, alzando los brazos al cielo con cómica desesperación, entre las risas de sus compañeras —¿no permitirás que en globo aerostático caiga en este momento a esta plazuela, trayéndonos unas cuatro docenas de porteños finos, galantes y distinguidos, para dejar plantados a esos traidores que a las primeras de cambio se pasan a las filas enemigas?

La única que nada decía, era precisamente la única a quien dolía de veras el desaire. Estaba muda; sentía como una puñalada en el corazón y tenía los ojos llenos de lágrimas. Felizmente, era de noche y nadie se apercibía de ello.

Cansadas de lamentarse y lanzar, entre bromas y risas, improperios contra sus falsos amigos, Berenguela y sus compañeras vieron que era preciso marcharse, cada cual a su casa. Berenguela acompañó a Blanca a la suya.

Entre tanto, la comitiva triunfante se detuvo en la esquina principal de Queroquero.

—¡Señores y señoritas, una moción!— dijo León en voz alta— un rato de concierto y en seguida a bailar.

—¡Aceptado! Tenemos un salón espacioso y un piano a nuestra disposición.

—No será extraño —dijo una rubia— que se nos vengan algunas de Calacala atraídas por el concierto.

—Como que esta mañana las invitamos.

—¡Cómo! —Preguntó León— ¿ustedes han hablado con ellas?

—En la ciudad, ya ve usted, era en campo neutral. Nos encontramos en el comercio con varias de ellas y las invitamos al concierto de esta noche.

—¡Pues si vienen, hay que tratarlas muy bien!— dijo un joven.

—No faltaba más, después del recibimiento que acaban de hacernos.

—Lo que nos toca es lo siguiente: si se presentan, tratarlas con buena educación, porque lo demás sería una grosería. Que escuchen el concierto, pero cuando se despidan, nada de atajarlas, que se vayan enseguida y nos vamos a bailar.

—¡Silencio! —Dijo una— gente sospechosa.

Y echaron la vista a unos cuantos rapaces agazapados contra una pared detrás de las señoras, entre los cuales se hallaba un hermanito de Berenguela.

—Son espías— dijeron las niñas.

—¡A ver, ratones! —Dijo León aproximándose— ¡largo de aquí! ¡Campo! ¡Campo! Se necesitan esos asientos.

En seguida se procedió a organizar las diversiones.

Hacía dos horas que Blanca y Berenguela charlaban a solas en el corredor y ya se supone de qué se ocupaban, cuando un tropel, y dando resoplidos de cansancio se presentaron los chiquillos.

—Venimos de Queroquero.

—¿Y?

—Primero han jugado un rato al michi-morongó y luego don León ha tocado un solo de violín.

Las dos amigas, una junto a la otra, se ajustaron la mano en señal de inteligencia.

Los chicos refirieron enseguida, con grandes exageraciones lo que habían visto y oído; la trama urdida en contra de las que fuesen de Calacala a oír el concierto, y el modo como habían sido arrojados por León. Uno de ellos que era embustero, agregó que aquel caballero los había amenazado con darles de bofetadas.

Las dos amigas escuchaban estupefactas.

Luego el rapaz principal se acercó al oído de su hermana que abrió su monedero y le dio reales para que fuese a gastarlos con sus amigos en la heladería.

La policía secreta recibía su propina.

Después de esto, Berenguela alzó los ojos al cielo lanzando un suspiro y se explayó en largas consideraciones acerca de las veleidades e inconsecuencia de los hombres.

Pero era preciso terminar la noche de algún modo más agradable y entraron en la sala a jugar carga-cuernos con Marcial.

Por la primera vez Berenguela se mostró amable con él, y cuando se quedaron solas hizo grandes elogios del joven. Sentía benevolencia y hasta ternura por él; ¿no era el único que se había negado a ir a Queroquero?

Aquella noche, Blanca batalló mucho para tomar el sueño. Al primer sentimiento de despecho vivísimo y profunda amargura, había sucedido en su alma una especie de calma. Estaba en uno de esos momentos en que penetrando en nosotros mismos, analizamos nuestros sentimientos.

¿Por qué entre un hombre frívolo, falso, tal vez malvado, que nos desdeña, y otro honrado, serio, generoso que nos ama, el corazón nos inclina al primero? ¡Oh aberraciones!

Sin embargo, por ideal que fuese su oculto cariño a León, se confesaba que en aquel momento había en él nueve décimas partes de amor propio ofendido; en tanto que a las nueve décimas de estimación y gratitud que abrigaba hacía su primo, se mezclaba también viva ternura: ¿cuál de las dos mezclas contenía elementos más duraderos?... Decididamente hay ocasiones en las que casi creemos que se puede querer a dos a un tiempo.

A la mañana siguiente, las dos amigas se encontraron de pronto con los dos amigos, a la vuelta de un sendero de rosales.

Hacían ellos parte de un corrillo en que se trataba de suscripción para un baile-apiapi que había de darse al otro día en Queroquero; cuando las divisaron y se encaminaron a saludarlas.

—¿Cómo piensas tratarlo? —Preguntó Berenguela al verlos venir.

—Con mucha frialdad.

—Mal hecho. Tú no sabes vivir. Porque va con frecuencia allá, ¿vas a creer ahora que está enamorado de Luz? ¡Disparate! Los hombres están bien donde se les halaga; eso es todo.

¡Así es de débil el corazón de las mujeres! Contra todos sus propósitos, Blanca empezó luego a sentirse conmovida y más sensible que nunca a las cariñosas atenciones de León.

—Ustedes se ocupan del apiapi de mañana, dijo Berenguela.

—No tal —respondió León mirando a Blanca—. Yo no pienso ir.

—¿No va usted?

—No.

—Entonces— se atrevió a decir Blanca— comprometo a usted a pasar en casa la noche de mañana.

—No faltaré. Recogeré mi violín que anda por ahí y pasaremos una noche agradable.

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor!

Todo pasó en Queroquero a pedir de boca; baile hasta el amanecer, almuerzo, más tarde, paseo al bosque de jarcas y lunch ruidoso; después comida y otra vez concierto e iluminación.



A las nueve de la noche, León despertó de aquel aturdimiento como un sueño. Se acordó con sobresalto de Blanca y de su compromiso con ella. De tantas horas de fiesta solo le quedaba un sabor amargo, un ansia y un vacío profundo en el corazón. Luz había coqueteado mucho con él, pero también había coqueteado con otros. Estaba disgustado y aburrido y solo quería volver a ver a Blanca. Buscó a Diego y le propuso luego marchar a Calacala, antes de que se hiciera tarde para visitar. Se encaminaron en busca de sus caballos, los ensillaron y emprendieron el trote por el camino lleno de polvo a la luz de la luna.

En la casa de Blanca todo estaba cerrado, pero por las rendijas de las ventanas se veía la sala iluminada. Contuvieron sus caballos y aguardaron un momento indecisos. De repente se percibieron los acordes de la guitarra de Marcial que tocaba adentro. No estaba solo, se oían voces. La guitarra empezó de nuevo un acompañamiento y León a luz de la luna y en medio del silencio que rodeaba la casita oyó la voz vibrante y melancólica de Blanca que cantaba:

*Si fino y tierno
su afecto fuera,
hoy no estuviera
lejos de aquí.*

Dióle un vuelco el corazón y estuvo a punto de llamar a la puerta y presentarse en la sala; pero esto hubiera sido un desatino y tuvo que resignarse a marchar a su casa y dejarlo todo para el día siguiente.

Amaneció lloviendo a cántaros, como se dice vulgarmente. El aguacero no cesaba hasta las diez y los jefes de almacén y demás comerciantes, llegaban a la ciudad a coche o a caballo, chorreando agua de sus ponchos y capuchones de goma. La cosa era ganar la playa del río antes de que llegara la avenida.

Después de almorzar, León y Diego montaron a caballo para volver a Calacala. Al otro lado del río detenidos en la playa por la avenida que empezaba a disminuir, veíase una multitud de borricos y peones cargados de camas, muebles, canastos, lámparas y otras menudencias.

El aguacero había asustado a las familias que alzaban el campo de regreso a la ciudad.

Los dos amigos que estaban bien montados, pasaron el río y enderezaron hacia Calacala torciendo por la calle de Herrera.

Al llegar a la casa de Blanca, lo primero que vieron, con gran asombro y consternación de León, fue un carretón cargado de muebles, que parado en medio camino, esperaba la señal de partida. Ahí estaban Blanca, Marcial y Berenguela parados en la puerta.

León se apresuró a bajarse del caballo y saludar a la joven, afanoso, manifestando su asombro y desconcierto por tan inesperada resolución.

—¡Qué es esto, señorita!, ¿están ustedes locos?

—A causa del aguacero mi papá ha resuelto que nos vayamos— dijo ella mirándolo tranquilamente.

—Pero es una locura, es preciso persuadirlo...

Un instante bastó para que León se apercibiera del profundo cambio que en pocas horas se había operado en Blanca en la que sus expresivas miradas no hacían ya efecto alguno.

Vieron partir la carreta y conversaron todavía largo rato.

El desconcierto de León crecía por momentos.

Blanca era otra mujer. No lo trataba mal, pero él había llegado a ser para ella, lo mismo, exactamente, que Diego o que cualquier otro.

Marcial acaba de enganchar el coche. Un coche pequeño de dos asientos. El viejo había dispuesto que su sobrino llevase primero a Blanca y regresase por él.

En aquel momento pasó un carruaje conduciendo una amante pareja: dos jóvenes que se habían casado unos días antes.

El papá apuraba y Blanca entró en la casa. Marcial la siguió y deteniéndose ambos delante de la verja del jardín, hablaron un momento en voz baja. Después Marcial salió calándose los guantes, se despidió, saltó al coche alegremente y tomó las riendas. Blanca salió con el sombrero y el abrigo puestos, abrazó a Berenguela, deteniéndose a hacerle algunos encargos, se despidió de Diego, tendió a León la mano con indiferencia y subió al coche con ligereza. Su primo, haciéndola campo a su lado la miró suavemente. Entre tanto que una criada corría a traer algo que ella había olvidado, Marcial indicándole un ramo de flores que llevaba en el regazo, le dijo no sé qué muy bajito —eligió ella entre sus flores el más hermoso botón de rosa y se lo alargó sonriendo; él sujetando las riendas con la izquierda lo recibió y se lo colocó orgullosos en el ojas. Después hicieron una señal de despedida y partieron.

Sin darse cuenta de su propio estupor, León, mudo, absorto, desconcertado, se había quedado inmóvil, fijos los ojos en el coche que se alejaba.

—¡Ay! michi-morongo, ¡lo que me cuestas! —Murmuró Diego para sus adentros al verle en ese estado.

Cierto que dos días después se dio un baile en Calacala, pero, ¿qué le importaba ya a León? Las puertas de Blanca, siempre cerradas en la ciudad, se cerraban para él, esta vez, para siempre.



El milagro de Fray Justo



Fray Justo era un santo. Nadie se atrevió jamás a poner en duda su santidad. Los enemigos de la Religión, que, por sistema desacreditan a sus sacerdotes, no hallaban por más que buscasen, qué decir de él a no ser mucho de bueno. Hablaban con desprecio, si así se les antojaba, de la Comunidad entera, pero de él, individualmente era distinto: No podía menos que confesar sus virtudes y los muchos favores que le debían los desgraciados.

Un día de gran jubileo, después de decir su misa, se encaminó lentamente, a su confesionario, donde le esperaba un montón de penitentes, apartó la cortinilla y se instaló cómodamente en el reverendo sillón. Sacó enseguida la tabaquera

le dio dos golpecitos, sorbió una narigada, se limpió las narices con su gran pañuelo de algodón, y guardando caja y pañuelo, sacó la cabeza fuera del confesionario y dijo con acento reposado:

—Si hay alguna casada, que se acerque la primera.

Tenía la costumbre de preferir a las madres de familia, considerando que no debían abandonar mucho rato su casa.

A esta advertencia, se siguió una conmoción en torno del confesionario. Las que tenían ganada la rejilla, se vieron obligadas a cederla, y solo después de algunos momentos se restableció la quietud.

Fray Justo, como de costumbre, tocó primero a la derecha. *Tan, tan.*

La penitente aguardaba la respiración anhelosa y entrecortada.

—¿Es confesión o reconciliación? —Preguntó el fraile.

—No padre —respondió ella conmovida— venía solamente a consultarle...

—Ah, Genoveva, ¿no vienes a comulgar?

—No padre. Estoy en un estado de ánimo muy malo. He tenido desde ayer motivos de amargura tan enormes...

—Razón de más, para buscar la fuente de todo consuelo.

—¡Ay!, padre. Si viera usted cómo tengo el corazón... Solo quería hablar con usted.

—Bueno, espera un rato. Despacharé a esa porción de beatas que esperan para recibir la comunión y te escucharé después con calma. Hasta luego.

El fraile se volvió a la izquierda. Otra vez una respiración anhelosa al otro lado de la reja.

—¿Confesión o reconciliación?

—Soy yo —silbó una voz muy reprimida. Y sin más ni más se echó a llorar.

—Ay padre, mi marido me ha dado otro colerón.

—Paciencia, hija. Cuando me consultaste tu matrimonio, yo lo reprobé. Nada bueno se podría esperar de un marido tan joven siendo tú ya madura.

—Pero eso, padre, ya no tiene remedio, entre tanto, yo soy una desgraciada. —Y siguió gimoteando. — Al fin y al cabo, es usted mi director espiritual y nuestro padrino, si usted no toma parte, cada día será peor.

—Bueno, bueno, ven mañana a las ocho y me contarás lo que ha pasado ahora hay muchas que me esperan para recibir la Santa Comunión. Hasta mañana. Y otra vez a la derecha... *Tan, tan.*

—¿Es reconciliación?

—Sí, padre.

—No, padre. Me acordé a última de un pecado.

—No ha de ser muy grave cuando lo olvidaste. ¿A ver?

—Ah, Escolástica. ¿No comulgaste ayer?

La penitente rezó el Yo Pecador y luego dijo:

—Me acuso de haber echado maldiciones.

—¡Hum!... ¿Y fueron de corazón?

—Sí, padre, con toda mi rabia.

—¿Y a quién?

—A una tapa de baúl que se me cayó encima.

Fray Justo, en el confesionario, era impasible como una estatua. No sonreía, ni se enojaba por nada.

—Mal hecho, dijo, una cristiana no se impacienta ni siquiera con los objetos inanimados. Confiesa ahora un pecado grave de la vida pasada, para que haya motivo de absolución.

La penitente obedeció, y fue despachada.

A esto se siguieron diez o más confesiones igualmente breves e igualmente insulsas, hasta que el fraile tocó por décima quinta vez a la derecha.

—¿Es reconciliación?

—Soy yo, que he traído el libro.

—Entrégamelo al punto.

—Está bien padre, pero... ¿qué le voy a decir cuando me pregunte si lo he leído?

—¿A quién?

—A él, al que me lo obsequió.

—Le dirás la verdad. Que yo te lo he pedido para quemarlo. Que te he prohibido la lectura de novelas y que no volverás a aceptar esos regalos.

La penitente, que era una niña, graciosa y coloradita, se puso en pie delante del confesionario y entregó el libro humildemente, retirándose luego.

El padre sacó en seguida la cabeza. No quedaba más que la casada número uno que comprendiendo que le había llegado la vez, se aproximó.

Estaba más sosegada. Una larga amonestación del sacerdote acabó de tranquilizarla, pero al dar cuenta de lo que le pasaba volvió a conmoverse.

—Anoche— dijo— con escándalo de toda la vecindad que se apercibió de ello, ha introducido a esa mujer a mi propia casa. ¿Qué debo hacer, seguiré callando? ¿Consentiré semejante ejemplo para mis criadas, para mis hijitos? ¿Qué me toca hacer?

—Obrar con prudencia— dijo el sacerdote—. No comprometer el porvenir de tus hijos. Rogar a Dios y esperar...

—¿Pero hasta cuándo?

—Hasta cuando Dios quiera— respondió el fraile sin alterarse—. Algún día le tocará al corazón y volverá sobre sus pasos.

—Tal vez— murmuró ella—. Cuando esté viejo y ya no pueda más.

—Hija mía— interrumpió el confesor severamente—. Es preciso no rebelarse contra las pruebas que Dios nos manda. ¿Quieres que yo lo busque y lo amoneste?

—Sería contraproducente. Si viera usted cómo se burla de los sacerdotes... Quería también— continuó ella— hacerle otra consulta. Como usted sabe, ha comprometido mi patrimonio y están a punto de rematarnos la casa.

—¿Qué puedo hacer en ese asunto?

—Buscar a ese señor acreedor nuestro, contarle mi situación y conseguir que nos conceda un plazo.

—Está bien. Iré hoy mismo. Ven mañana a las ocho.

Fray Justo, entró en la sacristía y subió la escalera del Claustro.

Entró en su celda, dejó el libro sobre su mesa de noche y se fue al comedor visiblemente preocupado. Cuando volvió a su celda, tomó asiento en su sillón y alargando la mano cogió distraídamente la novela. Cuyo título consistía en una sola palabra Avatar. Lo que puede la curiosidad hasta en un santo varón; interesado poco a poco en su lectura, dio vuelta hoja tras hoja hasta que se quedó dormido.

El esposo de Genoveva era un sujeto adornado de todas las condiciones necesarias para hacerse agradable en sociedad. Era un ingeniero en la conversación. Sabía condensar a veces tan oportunamente en una sola frase un profundo sentido; hacía ostentación de modales tan suaves y comedidos con las damas que tenía gran partido entre ellas. En el fondo de su trato con estas dejaba traslucir a veces cierto abandono lleno de gracia y melancolía que le sentaba muy bien.

Verdad es que ya se le notaba algo de calvicie prematura, algo de rubicundez en la tez, pero, cuando bien peinado, afeitado y perfumado se ponía el frac, la corbata blanca y los guantes, seguía siendo una arrogante figura en un salón. El brillo de sus ojos, daba todavía animación a su fisonomía y en las reuniones, aun había una que otra buena moza que a falta de un soltero que le hiciera la corte, se mostraba sensible a sus lánguidas y expresivas miradas. A parte de unos pocos padres de familia que le miraban con malos ojos acusándolo de dilapidador, y de unas cuantas señoras intolerantes que lo odiaban en secreto

por lo que se murmuraba de su vida privada, todos lo hallaban muy agradable y lo trataban con sumo agasajo. En suma, era, como se dice en castellano viejo: candil de la calle y obscuridad de su casa.

Doña Pacífica, la confesada de Fray Justo, aquella esposa ya madura de un esposo demasiado joven, era una prueba viviente de que no siempre dan los nombres idea exacta de los objetos a que han sido aplicados. Doña Pacífica, parecía oriunda del océano del mismo nombre, el cual se pone a veces tan furioso, que se precipita sobre un puerto y se lo traga íntegro. Solo que los furores de Doña Pacífica eran más frecuentes que los de aquel.

Su pobre esposo tenía dos debilidades: Temía el escándalo y abrigaba la idea caballeresca de que golpear a una mujer es una acción cobarde. Con esto y con un vozarrón que se oía a una cuadra, tenía la señora lo suficiente para dominar a su marido que andaba flaco como un espárrago. Los amigos de este infeliz, en sus ratos desocupados, se complacían en recordar todos los tormentos de la Inquisición para doña Turbulenta y daban a la víctima consejos a cual más enérgicos, pero todo esto a respetable distancia, que, cuando se hallaban en presencia de ella, contagiados de inexplicable terror se mostraban muy comedidos.

Dormía Fray Justo profundamente cuando llamaron con suavidad a la puerta de su celda.

—¿Es Genoveva o es la otra?— Se preguntó, figurándose todavía en el confesionario.

Era un lego, venía a advertirle que había llegado la hora de acudir al coro.

Al despertar, dos órdenes de ideas se confundían en el cerebro del fraile: Las confidencias de las dos casadas y el argumento de la novela.

Y fue en aquel momento; en aquel tránsito indeciso del sueño a la vigilia, vaga penumbra en que se agita el espíritu con rara lucidez, que el santo varón concibió la idea. Acudió al coro y durante los rezos y durante toda la tarde la idea siguió madurando en su cerebro.

Aquella noche empezaba la novena de San Pascual Bailón y Fray Justo debía presidir la ceremonia. El templo estaba ya repleto de gente cuando se presentó, revestido de capa de oro y acompañado de dos acólitos. Hecha la venia ante el

Altar Mayor, se agitaron las campanillas, subió al altar el humo del incienso y tras algunos momentos de silencio en que arreció el fervor de los circunstantes, empezó la novena. Después de las primeras oraciones cuando el lego que las hacía rezar, desde el púlpito pronunció las palabras:

—Cada cual aliente la confianza.

Fray Justo, inclinándose aun más, alentó la confianza y murmuró fervoroso la siguiente oración:

—Señor mío Jesucristo, en tu Divina presencia, abomino los ritos paganos, desprecio las utopías científicas; solo en Ti creo, concédeme la gracia sobrenatural que te pido, para mayor gloria tuya y provecho de las almas que yo me sé. Así sea.

Aquella noche durmió más tranquilo que nunca.

A eso del amanecer, llamaron otra vez suavemente la puerta de su celda.

—¿Es el viento o es San Pascual Bailón que me da el aviso?— Se dijo.

No sé si mis lectores se hallan enterados de que San Pascual Bailón se encarga de dar a sus devotos aviso oportuno del día y la hora en que han de ser llamados a comparecer ante el Tribunal Supremo, a fin de que arreglen su conciencia.

No era ni el viento, ni San Pascual Bailón — sino era una Santa. Traía en las manos una corona de espinas y el fraile la reconoció al momento.

Santa Rita de Casia, abogada de imposibles, modelo de esposas mártires, de pie junto a la cama, murmuró en voz baja pero muy clara:

—Justo por tus merecimientos, el Señor te concede permiso para obrar el milagro que le has pedido.

Cuando el fraile dormido abrió los ojos, la visión había desaparecido. No era más que un sueño pero vio en él una revelación divina, obró con toda fe.

Después de decir su misa, se encaminó a su confesionario donde le esperaban, una a cada lado, Pacífica y Genoveva.

Comenzó por dirigir a la primera una de aquellas exhortaciones suyas, capaces de ablandar el corazón más empedernido recomendándole prudencia, dulzura y buenas palabras, únicos medios de mantener la paz en el hogar y conseguir la felicidad propia y la ajena. Después, advirtiéndole que esperaba, atendió a Genoveva; le dio cuenta de su encargo y pasó a exhortarla...

Cuentan de un cura, que sacaba rogativa en tiempo de luna porque, según decía, una causa natural debía cooperar al milagro. Sin conocer tal cuento, Justo, participando tal vez de esa opinión, aconsejó a su hija espiritual un tanto de energía, que no estaba reñida con los proceder de una esposa cristiana, cuando los ruegos y reflexiones han sido agotados inútilmente en la lucha contra un esposo descarriado, y en los esfuerzos para volverlo al buen camino hay más mérito y sacrificio dijo, que en la ciega sumisión que a veces es cobardía y algo de egoísmo.

En seguida ordenó a las dos mujeres a que se arrodillaran para recibir ambas a un tiempo su bendición. Quería que se fueran a su casa tranquilas, llenas de fe y que desde aquel día no tuvieran más motivo de pesar.

Las dos obedecieron y el padre, en secreto, con todo el corazón pronunció las siguientes misteriosas frases: El alma...

Al entrar en su casa aquella mañana, doña Pacífica se sintió tan pacífica, tan verdaderamente pacífica que se desconocía a sí misma. Jamás había experimentado igual estado de ánimo. No regañó a las criadas, ni la armó con sus inquilinos; no se le oyó la voz. Durante el almuerzo sintió en presencia de su marido una gran timidez y un temeroso deseo de agradarle. Hasta se atrevió a ofrecerle los bocados que eran de su preferencia. Después de almorzar cogió su canastillo de labor y silenciosa empezó su trabajo. Lo único que ansiaba era que la dejaran en paz para meditar en los consuelos divinos.

Su consorte, más que nunca aterrado, observaba estos síntomas seguro de que eran el presagio de una tempestad más furiosa que ninguna.

Una de las sirvientas de Genoveva que había salido a la puerta de calle a esperar el regreso de su ama, al descubrirla corrió a su encuentro y le dijo, con angustia:

—Ay, señora, mucho ha tardado usted, el caballero está furioso. Ya nos ha hecho revolver toda la casa buscando la llave de su ropero; que no la vea entrar...

La señora asombrada de su propia entereza, se dirigió a su cuarto sin miedo, se quitó los guantes, luego el manto y estaba doblándolo cuando se oyó la voz del marido que gritaba, con voz de trueno:

—¡El almuerzo!

Las criadas se pusieron en movimiento. Los dos esposos se presentaron a un tiempo en el comedor; ella por una puerta y él por otra. Se miraron un instante y tomaron asiento en la mesa, él furibundo, ella impávida y despreciativa.

Con la gorra calada hasta los ojos, para meditar mejor cómo iba a empezar, comenzó él a servirse el primer plato. A la primera cucharada halló la comida sin sal; la buscó en el taller y no la encontró, entonces con un terrible puñetazo en la mesa, gritó a las criadas...

—¡Catalina! ¡Petrona!

Genoveva, pálida pero serena en apariencia permanecía en la misma actitud. De repente, conteniendo apenas su furor el marido se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Querrás decirme por qué no están las cosas hoy día en su lugar en esta casa?

—Porque en esta casa todo está fuera de su lugar, comenzando de quien la gobierna— contestó ella.

El hombre, atónito ante la inesperada actitud de su mujer, se puso de pie.

Ella de pie también, le desafió con la mirada.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir— respondió— que siendo tú el primero en dar ejemplo de desorden, despilfarro y mal proceder, no tienes derecho para exigir corrección de los demás.

Una ola de furor sacudió los miembros de aquel hombre orgulloso y envanecido, dio un paso hacia ella y con un impulso ciego, sin darse cuenta de lo que hacía, de una bofetada la arrojó lejos...

Ella dio un grito y se llevó la mano a la frente. Se había estrellado contra la cerradura de una puerta. Hubiera caído al suelo, si las criadas no acuden a sostenerla. Cuando apartó la mano, gruesas y precipitadas gotas primero y luego un chorro de sangre, manchó su cara.

El marido, pálido, trémulo, la miró un instante. Una criada acudió a lavar la herida con una palangana.

—No con esa agua, gritó él: con agua hervida.

Entonces ella fuera de sí le increpó a gritos:

—Cobarde, ¿qué te importa? Y ahogando un gran sollozo continuó: — ¿Y qué me importa a mí? ¿Qué me importa vivir ultrajada, envilecida? Miserable, por causarte una hora de remordimientos sufriría con gusto mil muertes.

Le faltaron las fuerzas cayó en una silla y perdió el conocimiento.

Cuando volvió en su acuerdo, estaba en su cama. El marido había traído un médico; la pusieron en un asiento y procedió la curación. La suegra, silenciosa y conmovida, ayudaba al médico.

Al mismo tiempo que abandonaban las fuerzas a Genoveva, Doña Pacífica recobraba sus bríos momentáneamente perdidos. Sabedora del accidente que aquella había sufrido, se encaminó a visitarla acompañada de su dócil consorte.

Cuando entraron en la sala, hallaron allí a varias señoras. Comentaban el estado alarmante de la enferma. Todas sabían lo ocurrido con más o menos exactitud, pero todos fingían creer lo que la suegra de aquella había contado: Se había herido en una caída muy casual.

Una de aquellas señoras tuvo la malvada ocurrencia de deslizar por lo bajo una pregunta algo indiscreta... ¿Y el marido?

—Está en su cabecera sin moverse — contestó otra.

—Aquí te prendí — pensó doña Pacífica, y exhalando un suspiro murmuró dolorida.

—Dichosa ella. Cierto que su marido es un poco calavera, como todos, pero al menos cuando está enferma se duele de ella; otras podemos morirnos sin que a nadie le importe.

Cruzáronse entre las circunstantes fugitivas miradas de inteligencia y sonrisas casi imperceptibles asomaron a algunos labios. El aludido, no sabía cómo disimular.

Salió de allí ardiendo en cólera. Acompañó sin decir palabra a la señora hasta su casa que estaba próxima y cuando ella pisaba el umbral, se largó por la acera hacia la plaza. Ella deteniéndose, le llamó repetidas veces en voz alta, con tal imprudencia que dos o tres vecinas asomaron a sus puertas a ver lo que pasaba; él regresó por evitar escándalo; pero, pálido de rabia, con los puños cerrados llegó a su cuarto, hasta la cabecera de la cama. Ella que lo seguía, al verle sacar la pistola y desenfundarla corrió hacia él gritando:

—Bárbaro, ateo. ¿Vas a morir sin confesión?

—Quien va a morir es usted— dijo el mozo con calma satánica y apuntó.

Ella lanzó un chillido pero él le puso el caño de la pistola en la frente, diciendo:

—Un grito más y le clavo cinco balas en la cabeza.

La pobre señora, escapándosele resoplidos de horror pero muda, aguantó mientras el bárbaro, pistola en mano, le cantaba a voces la cartilla.

—Se ha imaginado usted que soy un niño; ¿que puede manejarme como a un muñeco? Se equivoca usted. Desde hoy, saldré cuando me dé la gana y volveré a la hora que quiera. Y no se meta a gobernarme, porque estoy resuelto a todo. ¿Me entiende usted? No me importan ni la cárcel, ni el patíbulo... Ni el demonio.

—Al fin se le subió al pobre la mostaza a las narices— dijo una vecina.

—Aguarda que vayamos a favorecerle— dijo otra.

—Ocho días después, la vida, en los dos hogares seguía su curso ordinario... pero no sin cierta modificación muy favorable en los caracteres...

Si hubiese conocidos los pormenores de las dos tragedias íntimas, el público, siempre inclinado al racionalismo, hubiera tratado de explicarlos como hechos muy naturales. Se habría dicho en primer lugar, que, el inusitado consejo del confesor, había provocado en Genoveva la actitud temeraria que enloqueció de cólera al marido, y que el esposo de doña Pacífica, estimulado por el ejemplo de la santa esposa, había tomado las riendas del gobierno escarmentando a la suya.

La verdad es que esta última, desde entonces, siempre que iba poniéndose turbulenta se acordaba de aquel caso de la pistola que había estado a punto de enviarla al otro punto. Por su parte, el esposo de Genoveva, sobre el cual la opinión guardó desde entonces de provocar un estallido cuyo recuerdo lo turbaba todavía. Además, cosa extraña. Su mujer exasperada, terrible, empezó a inspirarle una secreta estimación que no sentía ya por ella hacía mucho tiempo. Aquel grito de rebelión la había elevado a sus ojos.

Entre tanto, todo el mundo se asombraba de los indicios reveladores que demuestran un cambio favorable en la vida íntima de los dos matrimonios.

Nadie sabía que eran los resultados de un milagro de Fray Justo.

El milagro

En la silenciosa casa de campo, se oye lejano el tañido del cencerro que anuncia la llegada del ganado. Es la hora melancólica y solemne del anochecer. Hora en que la atribulada madre de familia siente más que nunca el peso de su temprana viudez y en que, acosada por sus recuerdos, a la vez que por la idea de los cuidados y sinsabores presentes, huyendo de sí misma a su habitación ya surcada por las sombras, y rodeándose de los suyos, se encamina a la puerta de la calle, toma asiento en los poyos de barro, guarnecidos de gruesa alfombra cuzqueña, a ver pasar la mansa y lenta procesión. Primero yeguas, caballos y borricos custodiados por el mulero; luego el grupo de vacas a cuyas patas se arriman graciosos y ariscos recentales, y la mujer que las conduce afanosa haciendo girar su rueda mientras camina; después la tropa de ovejas, de las que se desprenden grupos de corderillos que huyen lanzándose al aire en graciosa pirueta al pasar junto a los niños que las persiguen; y atrás de todos, la original figura del pastor, con su traje hecho jirones y su sombrero andrajoso, caprichosamente adornado con grandes flores silvestres de las quebradas. Los tres, uno tras otro saludan al pasar a la patrona con ese acento humilde y dolorido, peculiar del indígena, y luego arrear en derecha a los corrales.

Entre tanto, la hija mayor que ha quedado como siempre sola, encerrada en su cuarto, al acabar de anochecer, puesto el abrigo, con el ala del sombrero sobre los ojos hinchados de llorar, cierra su puerta, cruza lentamente el patio y sale al campo, silenciosa como una sombra.

Su madre, que la observa con inquietud, trata de detenerla.

—¿A dónde vas, Emilia?

Pero ella no contesta y sigue, paso a paso, camino abajo, hacia la pampa.

Una mirada cambiada entre la señora y su fiel ama de llaves, basta en aquel instante para que ambas se comprendan, y la ágil servidora, alborotando a niños y criadas, con pretexto de dar también un paseo, se lanza en comitiva tras la malhumorada y pensativa paseante.



Los mil rumores del anochecer han callado de pronto. Disipada la niebla de la tarde, la luna brilla en el azul profundo de los cielos — luna de invierno que inunda el valle de luz espléndida. Por el ancho camino pedregoso, a su derecha la sombra de una hilera de rosales, a su izquierda el maizal que se extiende hasta la playa del río, Emilia marcha pausada y pensativa sin volverse atrás. La brisa de la noche va exhalando a su paso suspiros silenciosos, a cuyo soplo, las rosas, que se deshojan, tienden sobre el camino leve alfombra de pétalos. Caricias del ambiente que no llegan a su alma conturbada por incesantes contrariedades.

Al terminar la hilera de rosales, va a torcer a la izquierda para internarse en un sendero del maizal, cuando la comitiva que la sigue, logra alcanzarla. Con risa un tanto irónica, acepta Emilia la obsequiosa compañía del ama de llaves, que de mil amables modos trata de disimular el espionaje de que está encargada.

En aquel peldaño claro del sembrado, al pie de la gayola, agrupada sobre un pedrón, único asiento, más de una vez, en las tardes toda la gente menuda de la casa de la patrona, niños y criados, han escuchado absortos los medrosos relatos del chacarero.

Las noches del guardián de los maizales son llenas de zozobras y rodeadas de misterio. La imaginación del indio ha poblado los campos de enemigos fantásticos, más temibles que los ladrones, los k'arisiris salteadores verdaderos. Aquella noche, el medroso relato del labriego, provocado por Emilia, se hace aun más interesante a la luz de la luna. Están en lo más sabroso, cuando de pronto, el narrador queda suspenso. En el silencio del campo, se oye a intervalos el son acompasado de un campanillazo semejante al que acompaña al Sacramento. Todos los oídos lo escuchan cada vez más distinto. El apiñado grupo se estrecha aun más con estremecimientos de terror. El campanillazo avanza de minuto en minuto hasta vibrar agudo y penetrante a corta distancia. Oyese un ruido al fondo del maizal. Todas las caras de espanto, todos los corazones palpitantes. De repente, a diez pasos de distancia, las altas cañas del cereal crujen y se desgajan, dando paso, primero a una llama rojiza, luego a una sombra; una capucha gris y dos mangas de fraile que sostienen, a un lado la linterna, al otro la campanilla y las alforjas.

El estupor general dura algunos segundos. Una voz descompuesta por el terror exhala un grito:

—¡K'arisiri!

A ese grito de espanto del chacarero sigue el grito simultáneo de diez bocas, y todos, grandes y pequeños, atropellándose, tropezando y cayendo, se precipitan hacia el sendero que conduce al camino. No todos llegan a él: a dos pasos el chacarero yace en tierra, de bruces, arrojando sangre por las narices.

La joven entretanto, petrificada en su asiento, se oprime con ambas manos el corazón, mirando hacia la extraña aparición entre asustada y sonriente; luego se para, da algunos pasos y cae en brazos del fantasma. La capucha de jerga gris se desliza hacia atrás y deja descubierto a la luna, el rostro noble y simpático que sonrío bajo su espeso bigote negro. Tras suave y prolongado abrazo el fraile conduce a Emilia al asiento de piedra, se coloca a su lado y se miran sonriendo, agitados aun por la emoción.

—¡Eres valiente! —Murmura él a media voz.

—Sí, tan valiente, que aunque estaba advertida, he tenido un poco de miedo.

—¿Recibiste mi cartita?

—Ayer tarde. Si hubieses visto con qué naturalidad me lo entregó el pastor, en presencia de todos, escondida en la corola de una flor de ulala.

—A no ser este ardid no hubiéramos podido vernos, dice el joven, respondiendo a la mirada de curiosidad con que la niña examina su aterrador disfraz.

—¿No te decía que en el campo había de ser lo mismo que en la ciudad? No puedo dar un paso sin que me sigan. ¡Ah, mi madre! No sé qué va a ser de mí. No sabes qué tormento es estar vigilada.

—Pero, no perdamos tiempo: ¿qué es ese asunto grave y urgente que querías comunicarme personalmente? ¿Qué es? Repite angustiada al ver tornarse sombrío el semblante amado. ¿Te han dicho algo de mi madre? ¡Dios mío! ¡Cuándo me darás el gusto de no hacer caso de chismes!

—Parto al Acre —dice él por toda respuesta.

—Al Acre, ¿tú? ¡Qué locura! ¿Era eso lo que tenías que decirme?

—Es cosa resuelta. Me he alistado en las tropas que se están equipando para el objeto. Saldremos dentro de dos semanas a más tardar.

Ella quedó aturdida. Lo que acaba de oír le ha hecho el efecto de un golpe de maza que hubiese recibido en la cabeza. Luego se esfuerza y prorrumpe con vehemencia:

—Pero, ¿no ves que de diez individuos que pisan esas regiones, dos o tres vuelven, y aun esos, a morir lentamente a consecuencia del paludismo?

—¡Qué hacer! Seré a lo menos útil a mi patria: ¡y si no vuelvo, tanto mejor!

—¿Crees, pues, tener derecho para disponer de tu vida? ¡No soy nada para ti! ¡Ah! ¡Desgraciada de la que un día ha confiado en la promesa de un hombre!

—Emilia, escucha: voy a ser franco: Tu madre hace imposible nuestra dicha. No lograremos vencerla; estoy convencido de ello. Si yo te amara menos, me quedaría a presenciar como un estúpido, la dicha de otro. Perdóname; la vida es esa. Tarde o temprano cederás a las tenaces sugerencias de mi enemiga, y entonces, ¿qué me queda? Una vida sin objeto. Que mi muerte, si la hallo, sea a lo menos fructuosa para los míos; que el precio de mi sangre alivie un día su indigencia.

—Tienes razón: Tu madre, ¡tus hermanitas! ¿Qué te importo yo?

—Tu madre ha abierto un abismo entre los dos, dice él sombrío. Los ultrajes que me ha hecho, que sigue haciéndome, son de tal naturaleza... ¿Sabes acaso el mensaje que he recibido de ella últimamente?

—Lo sé. No lo repitas. Pero ¿es culpa mía? Oye Ricardo: Te lo juro mil veces: jamás cederé a los deseos de mi madre. Te seré fiel, pero renuncia a ese proyecto, no desesperes. Somos jóvenes, todo puede cambiar.

—¿De qué modo? Soy pobre, ese es mi crimen. Yo no me hago ilusiones: nunca podré cambiar de situación, en este miserable rincón del mundo. Un joven pobre, no sube, sin un sostén, los difíciles peldaños de la fortuna. Parientes ricos, padrinos influyentes, ni aun eso basta. Es preciso inclinarse, adular, abdicar, ser bajo, ser abyecto. Yo no podría, aunque volviese a nacer.

—Yo no quiero seas sino lo que eres. Solo te pido que confíes un poco. Escúchame, tengo ahora una esperanza. Dentro de pocos días hará un año de la muerte de mi padre y han de decirse sus misas en el pueblo. Mi madre se propone comulgar ese día. Pienso hablar con el padre que la confiesa. Explicarle mi situación, implorar...

—¿Olvidas que el mismo señor Obispo no ha podido vencer su terquedad?

—Es que ahora noto cierto cambio en ella, ¡quién sabe si esta vez...! Le he pedido a Dios un milagro; a ti te pido tan solo unos días de plazo. ¿Me prometes renunciar a tu idea, a buscar un modo de salvar del compromiso, si es que ya los has adquirido?

—Está bien. Esperaré una semana.

—¿Estarás el domingo en el pueblo?

—Estaré allí.

—Nos veremos siquiera desde lejos. Yo le suplicaré al padre que te dé a conocer el resultado de su intervención en este asunto. Y ahora vete. Oigo voces. Son ellos. Les ha pasado el susto y vuelven. Adiós. Confía en mí.

El fantasma se interna en el maizal. Un numeroso grupo de personas que hablan a voces desciende por el camino y toma por el sendero.

La ansiedad de la madre es indecible. No cree en la realidad del fantasma que todos han visto, pero su hija ha quedado sola en medio del campo, presa quizá del pánico que le impidió huir, y hasta no hallarla no tiene sosiego. La joven, recostada en el pedrón contra la choza, dominada todavía por las ideas y emociones que ha experimentado, no necesita fingir la postración que, de veras, se ha apoderado de sus miembros.

—¡Emilia! —grita la madre al descubrirla— ¿por qué no huiste? ¿Qué te ha pasado?

—Nada. Mis rodillas se doblaron de susto. Apenas me doy cuenta de lo que ha sucedido.

Cuando ya de regreso todos en la casa, se encienden luces en el comedor y se sirve la cena, el aire ensimismado y abatido de la joven confirma las sospechas de la gente sencilla que la rodea. La señora, que observa a todos y descubre las miradas de inteligencia que sus sirvientes cruzan entre sí, adivina lo que se piensa de su hija: sabe las proezas que se atribuyen al k'arisiri, vampiro en forma humana, que fascinando a su víctima, logra adormilarla para abrir una herida en su seno y extraer de sus entrañas substancias misteriosas destinadas a un uso más misterioso aun. La herida, curada en seguida, queda invisible, pero el daño está hecho y la víctima adementada, mustia, se consume lentamente hasta morir. Mortificada interiormente y a fin de despreocupar a aquellos ignorantes, la madre, durante la cena, trata de distraer a la niña, con su conversación, pero no lo consigue en toda la noche y al fin se retira a dormir, dominada por esta impresión y pensando en las tristezas secretas de esta hija que es su tormento.

Es media noche. La acongojada madre pugna, se agita hundida en las tinieblas de un sueño horrible. En la pieza contigua, la luz de cuatro cirios ilumina un cuadro. Coronas de rosas blancas, pendientes de las columnas un catre-tules y flores formando un lecho mortuario, y una inmóvil y pálida figura cuya silueta se destaca entre los tules y las flores. ¡Es, pues, verdad que aquello ha sucedido! ¿La idea, que al cruzar alguna vez por su cerebro, rápida como un relámpago, sacudió todo su ser hasta dejarla desfallecida, es una realidad que pesará sobre ella todo el resto de su vida?

Se acuerda con espanto de las frases que, con ligereza increíble pronunció más de una vez: —"Quisiera verla muerta, antes que en brazos de ese hombre". ¿Muerta, la hija adorada, después de haber sufrido tanto! ¡Muerta, sin haber tenido un día de felicidad! La desesperada madre se arrastra de rodillas, retorciéndose; desde el fondo de su corazón lanza un grito supremo:

—¡Dios mío! Ya sé que esto es sin remedio — que lo que está consumado no puede dejar de ser pero, ¡Dios mío! para ti no hay imposibles —ten compasión de mí — ¡no puedo más! — haz de cualquier modo, que esta visión desaparezca de mis ojos; destruye esta realidad: haz un milagro, y te juro... ¡te juro, Dios Poderoso! que los haré felices. Deponiendo mi orgullo y mi aversión, iré yo misma a arrodillarme ante ese hombre a implorar...

La violencia y esfuerzos de su propia congoja la despiertan. En el sombrío aposento penetra suavemente el vislumbre de la luna a través de los vidrios de la ventana. Todo está en calma — solo se escuchan respiraciones tranquilas. Emilia duerme en la pieza contigua... La entristecida madre se incorpora y llora a sollozos. Después medita largo tiempo — reza, y no vuelve a dormir hasta que aclara el día.

Una semana después, la viuda, arrodillada ante el confesionario de un reverendo, en el pueblo termina su confesión. Y ahora, padre, dice, escuche Ud. un caso de conciencia: De su respuesta depende la tranquilidad de mi vida: ¿Estoy obligada a cumplir un juramento que hice a Dios en sueños?

—¿Ese juramento es de odio o de perdón? — pregunta el fraile.

—Es de perdón.

—Pues estás obligada a cumplirlo como si lo hubieses hecho despierta.

Una hora más tarde, en un cuarto de la casa donde han sido alojadas, Emilia, temblorosa de emoción, se prende el manto ante un espejo. Su madre ha vuelto del templo. Su suerte va a decidirse. Corre a saber el resultado de la encarecida súplica que hizo al anciano que ha confesado a su madre; pero, al pisar el umbral para salir, da un paso atrás y queda atónita. El recoleto entra

en la casa — no viene solo — Ricardo viene con él; no la han visto; cruzan el patio y entran impávidamente en la sala donde está su madre. ¡Dios mío! ¿Qué sucede? ¡Oh ansiedad!

Después de algunos momentos el sacerdote vuelve solo y se dirige hacia ella...

—Padre, ¿qué es esto?

—Nada, que me encargó que llame al joven. Los dejó hablando como buenos amigos.

—¡Padre!, es Ud. quien ha obrado este milagro.

—No hija, te engañas. Es Dios, que para obrarlos se vale a veces de medios muy naturales y sencillos.



El vértigo

A un prado, nunca hollado, en que la grama formaba selva espesa y sobre la cual se erguían, a modo de palmeras, esbeltas umbelíferas, había acudido la multitud a festejar la llegada de la risueña Diosa Primavera.

Era la fiesta anual, siempre la misma. La hermosa palingenesia de un mundo efímero que resurgía una vez más bajo el influjo de la estación.

Los gérmenes, rasgadas las paredes de su cárcel, se alzaban impacientes. Las larvas despertaban. Había llegado la hora del tránsito dichoso hacia la luz.

En aquella mañana esplendorosa, grandes y chicos, hermosos y grotescos, todos en traje de gala, mezclados, confundidos, en huelga universal, flotaban con delicia en el ambiente saturado de efluvios húmedos y tibios.

Todas las clases se hallaban representadas en la revuelta y heterogénea muchedumbre. Veíanse allí coleópteros togados, que, perdiendo de pronto su gravedad, desembozaban sus élitros rígidos y ahuecados, para estirar la gola encarrujada de sus frágiles alas interiores, saltarinas y tijeretas, ortópteras que abrían sus abanicos semejantes a serpentinas; lujosas lepidópteras de todo género: ya pesadas y airosas como majas, ya ligeras como grisetas; todas pintarrajadas de carmín o cubiertas de polvo de oro.

Aquí y allí se pavoneaban los himenópteros bronceados, entre los cuales descollaba el Tábano zumbón; y en fin, en todas partes, la turba alegre de pilluelos, los Mosquitos, igualmente malignos y zumbones. Diseminados en la inmensa muchedumbre, avanzaban también, un poco temerosos de un golpe inesperado de la policía, los socialistas de baja estofa: Polillas, Saltamontes y Gorgojos, y sus audaces colaboradoras: La Altisa y la Filoxera.

De repente, provocando un murmullo general, presentábase alguna celebridad: alguna noble inventora, de esas que dotaron a la industria de productos útiles: una Crisálida benemérita, antiguo Gusano de Seda, que acababa de darse a luz convertida en Mariposa —Una Abeja Reina y sus obreras —una Modesta Cochinilla, tipo de abnegación; o bien, una simpática legación de Hormigas aladas en su sencillo traje diplomático.

Y en torno de esa pléyade brillante, la multitud anónima: miríadas de animalculos sin nombre, incubados en la inmundicia, girando hacia los centros en que anhelaban ser...

Abajo, en las sombrías avenidas de la floresta de grama, se paseaba así mismo la multitud pedestre: Miriápodos y Arácnidos y entre ellos, más de un sujeto de siniestra catadura —torva la horrible mirada de ocho ojos y oculto el aguijón envenenado, dispuesto a herir.

La fiesta, pastoril en la mañana, habíase convertido al declinar la tarde, en carnaval frenético. Grupos de chupadoras aclamaban a la Diosa rindiendo culto a Baco en el cáliz sabroso de las flores. La inmensa mascarada, ensordecida por su propio zumbido universal, iba y venía en curso inacabable alrededor del prado. Allá ruidosa y estridente estudiantina de cigarras —aquí grotesco grupo de panzudos moscardones ceñidos de luciente tornasol azul y verde, agitando sus alas de velillo a guisa de panderetas —Más lejos, saltarines y tijeretas, o bien, comparsa alegre de mariposas luciendo luengas faldas cuyos colores chillones contrastaban con el tocado aristocrático de las neurópteras de breves alas y figura esbelta.

Junto a aquel prado, corría un arroyo de dos metros de ancho, que para aquellos seres diminutos tenía el aspecto de un río navegable. Muchos sedientos hundían la trompa en su corriente. No lejos de la orilla, bajo una piedra sombreada por oscura parietaria, bohemio artista, un Grillo, tranquilo espectador de aquel tumulto, ocultaba su pobre traje y su figura desgarrada.

Caía la tarde. Luciolas diligentes encendían ya focos de luz. La fiesta iba a concluir. Un soplo de la brisa estremeció un rosal que inclinaba sus flores sobre las aguas. Cayeron varios pétalos. Una pálida Libélula llegó volando a la orilla; plegó sus alas de tul y se dejó caer rendida en la concavidad de un pétalo de rosa. La frágil embarcación, con su pequeña carga, se balanceó un instante en un remanso y luego huyó arrastrada por la corriente.

El Grillo exhaló un débil *cri-cri* y, a pequeños saltos, se internó en la selvática espesura de grama donde reinaba ya profunda sombra.

De vez en cuando, un tímido rayo de luna, deslizándose por el follaje, alumbraba sus pasos. El solitario se internó cada vez más en la floresta que en aquella hora, solo inspiraba pensamientos tétricos. No halló un transeúnte; todos se habían marchado a descansar.

Vagaba así, cuando de pronto vio destacarse encima de la selva la blanca bóveda de un extraño edificio, especie de rotonda, de estilo arquitectónico difícil de reconocer. Siguió avanzando hasta tocar sus muros medio ocultos en aquel mar de verdor. Habíase despertado su curiosidad y en un breve paseo de circunvalación no tardó en descubrir su portada vivamente iluminada por la luna. Consistía esta en dos óvalos o claraboyas situadas a cierta altura y equidistantes de otra abertura más baja, especie de ajimez, cuyo tabique central se hallaba medio derruido. El soportal que defendía la entrada del edificio era una galería saliente en forma de herradura, que en vez de capiteles, superior e inferior, ostentaba una serie de arabescos, a modo de estalactitas y estalagmitas, labradas en una materia más dura y blanca que la del resto del edificio.

El intrépido paseante dio dos brincos hacia adentro. Reinaba un gran silencio. Sombras medrosas invadían los rincones. Los rayos de la luna, al través de las dos singulares claraboyas adquirían la tristeza pavorosa de la mirada de un moribundo. Su reflejo en el interior de la bóveda, difundía cierta vislumbre que permitía distinguir los objetos. En medio del pavimento, se destacaba la negrura de una cavidad profunda como un pozo.

En el fondo de aquel subterráneo resonaron pasos y una voz preguntó:

— ¿Quién va?

Era un escarabajo que avanzó lentamente.

El feo conserje, sometido a un largo ayuno de conversación, se mostró afabilísimo.

—Supongo que querrá usted pasear las ruinas, dijo. Sígame y medite lo que va de ayer a hoy. Esa bóveda desierta, en cuya concavidad resuena el eco de nuestros pasos, abrigó en otro tiempo multitud de celdas que fueron centros de prodigiosa actividad. Dentro de sus tabiques se produjeron las más elevadas manifestaciones de la vida. Era una construcción ligera, alojada inmediatamente

debajo de la bóveda. Estaba simétricamente compartida en dos departamentos laterales y cada uno de estos, en tres divisiones rodeadas de una sucesión de celdas, en galería cerrada, llamadas de circunvalación. Ambas alas de la construcción unidas por el puente de Varolio, (llamado así, sin duda por el arquitecto que lo construyó); constituían lo que podía apellidarse la Oficina Central, por hallarse en ellas el centro motor de un admirable sistema de hilos conductores que la ponían en comunicación con el exterior. En ese hueco que ve usted ahí, un poco más abajo de la Oficina Central, se hallaban sus dependencias.

En ellas se atendía al movimiento de la planta baja del edificio. Los hilos conductores se entrecruzaban a la altura del puente, poco más o menos, de modo que la planta baja izquierda comunicaba con el departamento derecho de la Oficina y viceversa.

—Si usted quisiera asomarse a esa oscura escotilla—continuó—por donde acabo de subir, podría ver uno o dos peldaños que aun i existen de la gran escalera que conducía a los extremos inferiores del edificio. Cada peldaño estaba horadado en su porción posterior, de modo que, acopladas todas las cavidades coincidían formando un canal en que estaba el haz de hilos conductores de que he hablado.

En el pavimento de las divisiones de ambas mitades de la Oficina, se hallaba el acueducto de Silvio. Cerca del puente de Varolio se alzaban las pirámides; las anteriores y las posteriores. Lástima que todas esas maravillas arquitectónicas hubieran sido labradas en materia poco consistente. Hoy todo eso se ha derrumbado y solo queda, como usted ve, la parte sólida del edificio.

La larga explicación del amable Conserje había llegado a interesar al visitante que le escuchaba con atención.

—Fíjese en ese pavimento—continuó—. Por su forma particular ha sido comparado a un gran murciélago. Mire usted; consta de un cuerpo central y dos alas que se extienden hasta tocar los dos muros laterales. Este admirable entre-suelo sujeta las numerosas piezas de la portada uniéndolas a la bóveda.

Ese montón de escombros que ve usted ahí, en el fondo del ajimez, era una celosía acribillada de agujerillos: Las corrientes de aire, al chocar con las paredes interiores del ajimez, tapizadas de fina tela, enviaban hacia adentro los átomos odoríferos, conducidos por hilos finísimos que, atravesando los innumerables agujeras, se unían adentro en dos cordones.

Era este el primer par de cordones de los muchos pares que comunicaban la Oficina Central con los diversos puntos del exterior. La fuerza activa que obraba en ellos, no era precisamente el fluido eléctrico, pero sí algo muy parecido. Obraba de dos modos: transmitiendo las noticias sensacionales del exterior, a la Oficina Central, donde se hacía conciencia de ellas, e impartiendo las órdenes de la Oficina a las extremidades del edificio.

Cada una de las aberturas de la portada, transmitía un orden de noticias, diversas, según la región de donde procedían. Por esas dos claraboyas cuyos cóncavos, hoy vacíos, se hallaban entonces revestidos de lindas vidrieras y cortinas, penetraban las llamadas vibraciones luminosas. Vibraciones de otro género eran transmitidas por otro par de cordones que partían de dos aberturas situadas en los muros laterales, equidistantes de la portada.

—Si usted quisiera molestarse, se las enseñaría.

Salieron por el ancho portal adornado de estalactitas y estalagmitas de marfil, y torcieron hacia la derecha. Aquella porción lateral del muro sobresaliente de la bóveda, formaba, casi a la altura de las claraboyas una especie de azotea, prolongada hacia atrás.

—Esta azotea—dijo el escarabajo—llevó en otro tiempo el pomposo nombre de Arco Cigomático. Son dos: una a cada lado de la portada. En ellas tengo dos observatorios. Desde aquí me entretengo en contemplar las puestas de sol o en contar las estrellas en las noches claras.

Se detuvieron en un punto en que la parte saliente terminaba y el muro ofrecía a la vista una especie de nicho. Penetrando en él recorrieron un callejón que los condujo a una reducida estancia donde yacían amontonados varios objetos: un yunque, un martillo, un estribo y un lente.

—Usted se figurará estar en un taller de herrería, dijo el escarabajo, pues nada de eso; a lo que esto podría compararse con más propiedad, es a una oficina telefónica, aunque el aparato que va usted a ver, mas tiene de fonógrafo que de teléfono. Asómese a esa ventana oval, o a esta otra redonda, y procure ver hacia adentro. Descubre usted una bocina un poco inclinada hacia abajo. Esa es la Trompa de Eustaquio.

¿Ha aplicado usted alguna vez el oído a la concha de un caracol? Se halla lejos del mar; y no obstante, se escucha en su interior el rumor de las olas.

Un fenómeno semejante, en apariencia, aunque de muy distinta naturaleza se produce aquí. No hay vida adentro ya, pero las membranas que recibieron y conservan la impresión de los antiguos sonidos, aunque muy estropeadas, siguen funcionando. El aire los despierta. La cara interior de la bóveda hace de lámina vibrante que los reproduce y la ilusión es completa. Haga usted la prueba.

El Grillo aplicó el oído. En los primeros instantes solo percibió un ruido sordo acompañado de una resonancia cada vez más fuerte —luego un lejano rumor de colmena que fue creciendo y complicándose hasta dar la idea confusa de un gran tumulto. A medida que se escuchaba, se comprendía mejor. Era aquel todo un mundo exterior reflejado y repercutido adentro, que se reproducía en mil escenas simultáneas, y al mismo tiempo, toda una vida interior, subjetiva, recóndita, que seguía vibrando intensa y dolorosamente.

La sorda resonancia fue convirtiéndose en prolongada aspiración, en un ansia inacabable, de cuyo fondo surgieron aleteos de alas palpitantes que se encumbraban al infinito, ruido de caídas, ecos de abismo, clamores de ángel, jadeos de bestia, rugidos, estertores, risas, sollozos...

El Grillo se sintió acometido de un malestar repentino. Dio un paso atrás. Su cabeza vaciló y teniendo apenas tiempo para despedirse, huyó desatinado dando traspiés. Después, con un esfuerzo supremo, se lanzó a grandes saltos hasta caer sin aliento muy lejos del siniestro paraje.

Le recogieron sin conocimiento. Su prolongado vértigo, del que apenas pudieron despertarle, alarmó a todos. Sus amigos, sospechando la causa del accidente, le hablaban de la pálida Libélula, reina del curso, que la tarde anterior había huido delante de sus ojos, como ensueño irrealizable. El triste enfermo callaba y sonreía. Sentía que su dolencia era incurable. Se hizo misántropo.

Solitario cantor de las ruinas, en su flébil gemido, desde entonces, solloza, no ya el alma inocente de un insecto, sino la hipocondría de un demente iniciado en los secretos humanos.



Rendón y Rodín



A la sombra del más coposo de los terebintos del Parque de Septiembre, arrellenado en un banco, con los pies colgantes, acariciaba el ensortijado pelaje de su perrillo, que de hocicos sobre sus rodillas, dormitaba entreabriendo de vez en cuando los ojos para mirarlo con cariñosa mansedumbre.

Rendón y Rondín.

—Los dos inseparables.

Un condiscípulo que pasaba, divisó al grupo y se encaminó hacia él, interpe-
lando al chico bruscamente.

—Che Rendón, ¿qué haces aquí?

—Mauleando.

—¿No piensas volver a la escuela?

—No.

—¿Y por qué?

—Estoy aburrido. El maestro me macanea.

—Sabrás que está furioso. Esta mañana me ha llamado:

—Oiga, Quiroga, ¿conoce la casa de Francisco Rendón? —Sí señor —Vaya usted y dígame a su padre... —No tiene padre, dijo; solo tiene padrastro. —Pues dígame al padrastro que venga; que necesito hablar con él. Te van a embromar hermanito. Rendón se encogió de hombros.

—¿Piensas entonces quedarte de burro blanco?

—Voy a pasar a la Escuela Quiroga.

—Ja, ja. A tu abuela. Las fiscales se han hecho para los ricos. En primer lugar, allá van todos bien vestidos; y luego, a cada rato, cuadernos, libretas, estuches y demás vainas.

El diálogo fue interrumpido por una voz de niño que gritó desde lejos en tono de triunfo:

—Pancho. Al teatro.

Partía de un grupo de granujas que seguían afanosos a varios caballeros, en marcha hacia la esquina de la Biblioteca Pública.

Rendón dejó el asiento de un salto. Dio algunos pasos; miró con atención, y al reconocer entre los caballeros, al cómico que algunos meses antes le había llenado el bolsillo de propinas, no esperó más. Dejando a Quiroga con la palabra en la boca, echó a correr, seguido de su perro, hasta incorporarse al grupo en el momento en que éste pisaba la calle del teatro.

En los primeros años de su vida, el perrillo de Pancho Rendón no llevó otro nombre que el que la plebe da, en quichua, a todos los de su raza: Pequeñuelo. Más tarde adquirió el título policionario, debido a su habilidad en el oficio. En las noches, a la luz del foco de la calle, jugando a los rondines y ladrones, con su amo y otros chiquillos de la vecindad, hacía siempre el primer papel, con tal inteligencia, que, a poco en el círculo de sus admiradores, llegó su fama al punto de que muchos niños mimados hubieran dado una fortuna por ser dueños de un Rondín.

Aquellos eran tiempos muy felices. Después vinieron los días turbios. La tosferina se llevó a la hermanita de Rendón. Rondín que la adoraba, acompañó el pequeño ataúd sin apartarse de él, hasta que lo colocaron en el nicho. De regreso a la casa, se metió debajo de la cama en que la pequeña había agonizado, sin querer salir de allí en muchos días, durante los cuales se resistió a tomar alimento. Parecía que había resuelto morir.

Pero aquello pasó. Ninguna pena es eterna. La mamá de Rendón no se había casado aun en segundas nupcias. Alguien dio a la abuela un capital, con el que fueron los tres a abrir una pulpería en un balneario próximo a la ciudad.

Rendón, colaborado por sus nuevos camaradas, los muchachos de una escuela rural, fundó un gran circo. Trabajando en él Rondín aprendió poco a poco, a dar saltos estupendos, que llenaban de asombro al público. En pocos meses de campo se hizo acróbata famoso y cazador intrépido, y adquirió tal -renombre, que, cuando los dos inseparables se largaban de expedición hacia los arrabales más lejanos de la ciudad, allí donde nadie conocía a Rendón, todos grandes y chicos sonreían al pasar, al gracioso perrillo, saludándolo por su nombre — Rondín, Rondín.

La abuela ganó poco en la pulpería. Lo comido por lo servido, como decía ella.

Cuando volvieron a la ciudad, la hallaron transformada. Muchas construcciones. El tráfico había aumentado considerablemente. Rondín no era uno de esos perros conservadores, intransigentes que se oponen a la marcha de la civilización y tratan de impedir la; de esos que embisten a los autos y se arrojan ladrando desafortunadamente hacia los tranvías, a veces hasta hacerse matar. Prudentemente colocado al lado de su amo, especió atento la exhibición de los asombrosos artefactos modernos, contemplando de hito en hito con la serenidad del filósofo. Solo en presencia del primer aeroplano que visitó el país en el momento en que el aparato hacía el vuelo por la ciudad, su entusiasmo fue tal que rayó en escándalo; parecía loco. Quería volar con el avión.

El reloj del Hospicio marcó la hora.

—Las cinco y Pancho no parece, dijo la abuela. Lo mandé a la una en punto a entregar unas camisas que estaban ya pagadas, y... ni noticia.

—Si lo que Ud. debe hacer doña Josefa, opinó Guadalupe, la beata, que estaba presente, es entregarlo a su padrastro. Solo él lo ha de enderezar.

—Entregarlo a un vicioso para que le dé malos ejemplos y lo mate a palos, murmuró la anciana amostazada. Uds. las beatas están siempre, listas para dar consejos... en cabeza ajena. Si usted tuviera un sobrino. Ya la viera a usted.

—Pero, ¿no es peor que resulte un malvado?

—En todo caso, no ha de resultar tan malvado como su padrastro. El chico es malcriado y desobediente, pero tiene un corazón... ¡Qué bueno entregárselo para que lo pervierta!

En este punto de la conversación se presentó el perrito afanoso y satisfecho, batiendo la cola como quien dice: *Ya estamos aquí.*

Pancho llegaba tras él, pero se detuvo en la puerta receloso...

—¡Canalla, badulaque! —gritó la abuela —¿En dónde ha estado Ud. toda la tarde?... ¡Esto ya no se puede soportar! —Y se puso a buscar el chicote. Los ojos de Guadala brillaban de alegría.

El chicote no parecía y la señora se vio obligada a descargar cuatro o cinco puñetazos sobre los lomos y la nuca del delincuente que defendió su cara cruzando ambos brazos sobre la frente. Sufridos los golpes, Pancho se puso a gimotear, solo por cumplir. Estaba curtido; los castigos de la abuela no le hacían mella. Transcurrieron algunos momentos.

—Ahí tiene usted su plato— dijo la anciana—. Póngase a comer antes de que se acabe de enfriar. Sin dárselo todo al perro como tiene de costumbre.

—Cómo no pues, observó Guadalupe, si dizque se va a la estación a acarrear las valijas de los pasajeros y con lo que le pagan se atraca de golosinas, mientras que usted lo cree toda la vida muerto de hambre.

Pancho colocó el plato en el suelo, se sentó a la japonesa y se puso a comer, dando a Rondín furtivamente los mejores bocados. Cuando acabó, puso el plato en su lugar, se acomodó sobre un baúl y dijo humildemente:

—Sabes abuelita, ¿por qué me he tardado?

—¿Entregó las camisas? —preguntó esta.

—Sí, pero me hicieron esperar mucho porque estaban con visitas y después...

—¿Y después?

—Después habían llegado unos cómicos; yo y otros chicos entramos con ellos al circo, y al salir, el conserje que es un alhaja, nos ha entretenido contándonos una cosa que había sucedido ahora tiempos, cuando no había luz eléctrica, ni biógrafo, ni tonadilleras. ¿Sabes una cosa abuelita? “Dice que una vez, en la última función de una temporada, cuando acabó y todos se fueron al amanecer, los vecinos oyeron unos gritos... caramba que hacían retumbar la bóveda del teatro. Dice que parecían a veces chillidos de demonios y a veces de criaturas que pedían misericordia. Y dice que...”

—Y dice qué... —Remedó Guadalupe.

—Pero doña Guadalupe, déjeme hablar— gritó el niño; y continuó:

—Dice que fueron a llamar al conserje y cuando abrió el teatro y entraron, se supo que era una gata, porque uno de los lampareros que subió al tejado por el gallinero, vio una porción de crías, que lloraban desparramadas buscando a su madre. La gata se callaba algunos momentos y luego volvía a gritar... que daba pena. No había cómo socorrerla porque estaba en la rotonda, y el empresario de la cantina se había ido al campo de mañanita, llevándose la llave. El pobre animal siguió gritando muchos días, hasta que al fin se calló y no se supo más. A la semana siguiente, cuando abrieron la cantina, dice que había un mal olor... caramba, que no se podía soportar. Buscaron, sacaron todo para barrer y no había nada. Figúrate que después de un año llegaron otra vez unos cómicos y fueron a conocer el teatro. Entraron a la rotonda y uno de ellos al alzar los ojos a la bóveda... ¿qué crees que vio?... el esqueleto de la gata, prendido por el cuello- a los garfios de la lámpara de colgar. Dice que al momento se dieron cuenta, claro que sí, de lo que había sucedido. La pobre que tenía tantos hijos que criar, desesperada de hambre, al ver desde la claraboya los restos de la cena, sobre las mesas, midió la distancia, creyó llegar con vida, y dio el salto mortal. Con todo el peso de su cuerpo se ensartó en el garfio y estuvo así pataleando noches y días hasta morir.

—Y las crías murieron también, de hambre y de frío— concluyó la abuela consternada.

—Pero, cómo no han de suceder esas cosas, observó Guadalupe, si ese teatro ha sido hecho dentro de un templo. Cabalmente, lo que ahora sirve de cantina, era el Sagrario. Eso tienen las profanaciones Castigo de Dios.

—Pero, doña Guadalupe, no sea usted pues bruta, exclamó el niño. Cómo ha de castigar Dios a un pobre animal, por lo que hizo en su tiempo el General Achá.

—Más bruto —sois tú— dijo ella, que con ser escolino no sabes lo que dices. Ese teatro no es obra del General Achá que era de una familia muy cristiana, sino de... no sé qué otro presidente.

—Pero sea de uno o de otro, replicó el niño. ¿Por qué ha de pagar, un pobre animal, lo que otros hicieron? ustedes las beatas son más herejes...

—Cállate niño, no seas malcriado— gritó la anciana.

Guadalupe dejó su asiento.

—Buenas tardes doña Josefa. Algún día ha de ser su verdugo. Jesús; Jesús; y salió echando cruces sobre Pancho, como quién espanta al diablo.

Cuando la policía marchando apresurada a lo largo de la calle Bolívar, llegó a la cuadra designada por el denunciante, el escándalo no había cesado. Golpes bárbaros resonaban a distancia. A cada golpe un alarido de la víctima, mezclado a los chillidos de la anciana y a las furiosas embestidas del perrillo. Luego el ruido entrecortado sollozante del niño, que ya no podía más. Mucha gente se había amontonado a la puerta de la tenducha, pero nadie hacía nada; todos se limitaban a especiar. Antes de que el comisario, con dos números penetrara en él, el malvado, jadeante aun de furor, látigo en mano había logrado escabullirse por entre la multitud. No hallaron al entrar, más personas que una anciana, caída sobre un asiento, llorando a gritos, y un niño medio desmayado, abrazado a ella.

Varias vecinas, mujeres del pueblo, se apersonaron al agente de Policía ofreciéndose como testigos. El inicuo atropello contra una señora, hoy humilde, pero, lo sabían, muy conocida en otro tiempo, entre la mejor gente, las había indignado. Todas conocían los antecedentes de aquel tunante. Lo que no comprendían era cómo había habido mujer que se decidiera a casarse con él. Pasados los informes y los comentarios, el comisario se marchó y tras él las vecinas una por una. Quedaron solos.

La vieja costurera que había luchado treinta años, contra el infortunio, sabía bien que para el desvalido no hay justicia; que no debía esperar nada, de nadie. Cansada de llorar inclinó la cabeza sobre su nieto, que seguía abrazado a ella y quedó muda...

Guadalupe apareció. Avanzó compungida, y se sentó a su lado con mucha compostura. Luego, juzgándolos ya más tranquilos, tomó la palabra.

—Carlota acaba de saber lo que ha sucedido— dijo (Carlota era la madre del chico, hija de la señora).

Por mi parte digo que está mal hecho. ¿Quién ha de decir otra cosa? No debía cometer esa imprudencia, Carlota está muy apenada.

Doña Josefa, que no estaba para discusiones, la oía hablar como quien oye llover. La beata, animada por su silencio, siguió adelante hasta el resbalón.

—Ella comprende bien que usted no está ya en edad de sufrir incomodidades a cada rato. El chico necesita mucha vigilancia y ha resuelto recogerlo.

—Cómo. ¿Qué dice usted? — exclamó la señora, fuera de sí— ¿Recogerlo ella? No faltaba más.

—Al fin es su madre— Observó Guadalupe concienzudamente.

—Madre, repitió la anciana; madre la que por no vivir sin marido le buscó a su hijo un verdugo y nos hundió a los tres, esas no son madres, son... Conoció que iba a extralimitarse y atrapó al niño empujándolo hacia fuera de su regazo.

—Pancho, dijo. No estés así; todo ha pasado, anda a ver la calle. Procura distraerte.

El chico, dando traspiés llegó hasta la puerta y se dejó caer en el umbral.

—¿Sabe usted lo que hicieron el año pasado? continuó la señora. Esa que pretende recogerlo. Le puso el pantalón más andrajoso y lo mandó de casa en casa con un papel en que se leía: Una madre afligida pide limosna para enterrar a su hija muerta en el hospital. Le hacía perder la vergüenza por sostener los vicios del marido. No volverá a esa casa. No lo consentiré. Que me demanden. Lista estoy a cantarles la cartilla en el juzgado.

La beata al verla tan enojada, guardó sus sanos consejos para mejor ocasión y se marchó.

Acurrucado en el ángulo derecho de la puerta, pálido y desfallecido reflexionaba tristemente.

—Me ha pegado, porque no voy a la escuela, y paso el día vagando por las calles. Seguro que Quiroga le dio el mensaje del maestro, canalla... pero cuándo yo lo agarre... Y esa beata chismosa que solo a eso viene... ¿Para qué la recibe mi abuela?... No aprendo nada pero, ¿qué voy hacer si estoy casi siempre descalzo y no tengo uniforme ni cuadernos, ni un lápiz, ni un pliego de papel?... El maestro me bota de la escuela; me ordena que no vuelva no siendo con una persona que responda por mí. ¿Cómo le he de avisar eso a la abuela, cuando veo que su costura alcanza apenas para que comamos? Ella quiere que no falte a clases; me bota de aquí; el maestro me bota de allá; claro que me voy al río, o a la estación o a cualquier parte a pasar el tiempo, hasta que sea hora de volver a casa, y que ella crea que vengo de la escuela... Ha dicho mi padrastro que soy un animal... hay otros burros, burrísimos que tanto estudiar aprenden un poco y sacan buenas calificaciones... Pero tienen quién los vista y quién les dé todo lo que necesitan... Cómo me ha de gustar la escuela, si los chicos al ver mi traza, me desprecian, me ponen apodos y me persiguen con sus burlas... Todo les aguanto, todo menos esa tonada que se les ha metido en la cabeza: Rendón y Rondín, Rondín y Rendón... Qué brutos son, y qué cargosos... todo por envidia. A fe que si tuvieran un perro como el mío...

Era domingo. Pasaron varios ciclistas, uno tras otro de regreso del Prado. “Qué feliz el que pueda comprar una bicicleta”, pensó Pancho.

A poco, en dirección opuesta, apareció un señor con su niño y tras ellos varios chiquillos endomingados charlando alegremente.

—Qué feliz el que tiene un padre que lo lleve primero a la matinée y luego a la pastelería... y felices los que van a pasear con licencia y vuelven a sus casas con sus amigos. Un profundo suspiro se escapó de su pecho.

“Yo no tengo un amigo”, pensó.

Y en ese instante sintió en la mano el roce de una cosa blanda y tibia, se volvió. Era Rondín, que al sentirlo acongojado lo consolaba con su caricia.

—Mi Rondín— murmuró—. Mi perro querido. Cogió al animal y lo estrechó contra su pecho. Soy un ingrato; me olvidaba de ti, tengo un amigo, mi único amigo. No hay otro mejor que tú. Casi te has hecho matar por defenderme.

Anochece. La anciana venciendo su postración, había encendido el brasero, colocado en el pasaje; llamó al niño, encendieron la esperma, cerraron la puerta y cenaron. Pancho como de costumbre hizo cama en el suelo al pie de su catre, y la abuela lo llamó a rezar. Entonces el pequeño proletario consternado, se echó en sus brazos y ella, con la voz descompuesta, exclamó exaltada:

—Por Dios no seas preguntón. Déjame dormir en paz.

—No tengo ganas de rezar abuelita— y añadió sollozando:

—Quiero saber primero, por qué soy tan desgraciado; por qué ha muerto mi padre y por qué se ha casado mi madre con ese hombre que me aborrece. Por qué otros tienen todo y yo no tengo nada. Por qué hay señoras ociosas que van a la iglesia bien vestidas y tú trabajas todo el día y no tienes un manto decente... Por qué esta desigualdad hasta entre los animales; por qué el gato de la pulpera de en frente ya no puede moverse de puro gordo y por qué esa pobre gata que tenía tantos hijos, clavada en un garfio padeció días y noches sin poder morir. Por qué ese pobre burro de la tropa de los cervecedores lleva la carga todos los días, del cerro a la ciudad con un pie dislocado y lo obligan a caminar a latigazos sin que nadie lo compadezca.

A medida que hablaba se exaltaba más y lloraba con amargura inconsolable.

—No pienses más en esas cosas; —dijo ella— serénate.

—Dime abuelita, es verdad que en Cinti o yo no sé dónde, para hacer las botijas de vino les cortan a los cabritos el cuero alrededor de las patas y después de colgarlos les arrancan en vivos el pellejo por la fuerza, haciéndolos hablar en latín. ¿Por qué es tan bruto el maestro, que ha contado eso sonriendo, en vez de horrorizarse? ¿Por qué permite Dios, esas cosas, por más que no somos todos buenos y todos felices?...

—Así quiso Dios que fuéramos hijo, y así hubiéramos sido, pero ya te he contado que Adán y Eva pecaron y lo echaron todo a perder.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con Adán y Eva?

—Yo no sé hijo. No sé, eres muy ladino, no preguntes más, resígnate.

—Bueno abuelita, está bien; todos sufrimos por Adán y Eva que pecaron, pero respóndeme, ¿y los animales? ¿Por qué sufren?



El velo de la purísima



Un jueves, a principios de noviembre, la señora doña María de la Concepción, instalada en su blando reclinatorio con su montón de libros piadosos por delante, rezaba deliciosamente sus devociones, como solía siempre hacerlo después de la misa mayor, cuando, notando que una de las velas del altar, ladeaba y con el pabito doblado hacia abajo ardía chorreando de un modo lastimoso y amenazaba incendiar un ramo de flores de trapo próximo, hizo seña a un sacristán que pasaba a la sazón por ahí y dejando a doña María con la palabra en la boca, se fue muy solícito a atender primero a la X que lo envió no sé a qué a la sacristía.

Es un hecho que los más pequeños incidentes son a veces causa de nuestras resoluciones más serias. La señora doña María bastante picada se puso involuntariamente a reflexionar:

—¡Los humos que se dan aquí las X! ¡Y qué poco les cuesta: una araña que obsequiaron hace años que no valdría veinte pesos! Es que ellas saben hacer bombo y darse importancia. ¡Si yo obsequiara a la Purísima el velo y manto que tengo pensados, veríamos si los sacristanes me trataban así! Un manto con

el que la señora N. regaló a la Virgen del Carmen, que tanta bulla metió, pero mucho más costosa. ¡Y la cara que pondrían las X ante semejante obsequio! ¡Qué alegría la de los canónigos, y qué expresiones de profundo agradecimiento las que me dirigirían! Acaso la escena tendrá lugar en la presencia de las X o de alguna otra de las compañeras de la Santa Asociación que contaría el caso y los elegidos de que habría sido ya objeto. No se hablaría de otra cosa entre las gentes de piedad.

—¡Un hermoso manto y velo a la Purísima, a la Virgen de su nombre! ¡Madre mía y señora y como no había de cumplirle una promesa hecha hace tiempo!

Porque, en efecto, hacia cerca de un año que este proyecto le servía para conciliar agradablemente el sueño recreándose en él.

Se acordó que tenía en su casa las medidas del manto y velo y un ahorro destinado a los primeros gastos, guardadito en un cajón de su cómoda. Luego pensó en que no faltaba más que un mes escaso para el día de la fiesta, tiempo apenas suficiente para llevar a cabo un bordado tan fino y tan hermoso como ella se lo había imaginado, y se alarmó de haber dejado transcurrir el tiempo sin poner manos a la obra. Pensar en estas cosas, rezar el bendito, alzar sus libros y su pañuelo, doblar su alfombra, y salir del templo, todo fue uno.

¡Mi señora doña María de la Concepción! Todo el mundo la conoce, no hay para qué descubrirla. Es una de esas señoras profundamente convencidas y seguras de su propia salvación, al paso que no dan un camino por los demás.

Cuando yo no me encuentro con una de ellas, me confundo, me anonado, quisiera que la tierra se abriese a mis pies y me tragase.

Yo creo que cuando ella llegue a las puertas del cielo, ha de haber allí gran conmoción, y si San Pedro, por algún accidente involuntario, tarda cinco minutos en abríselas, tendrá que pedirle mil perdones con el sombrero en la mano.

¿Dónde han de ir tantas novenas, escapularios y jubileos?

Nunca descuida la ocasión de hablar al prójimo de las dificultades cada día mayores, del camino a la eterna Jerusalén, y de la necesidad de hacer méritos para la otra vida.

Por su parte, como todo el mundo sabe, despierta a las cinco de la mañana y reza hasta las seis mientras una de sus criadas le hace el chocolate. Cuando va a levantarse nunca le falta ropa blanca bien limpia y cosida con esmero, un manto decente, un hábito nuevecito y libro y alfombras de misa de todo su gusto. Se viste con calma, asistida por servidoras solícitas y pasa a servirse el chocolate con bizcocho o torta, según se le antoja. Luego, como no todo ha de ser regalo, se va a la Catedral, donde después de una o dos misas, se queda dulcemente rezando sus devociones. En seguida pasa a ver a su hija con quien conversa largo rato, si es que los chicos no majan y alborotan la casa; cuando estos la aburren se va a visitar a alguna amiga. Felizmente sus nietos son muy sanitos; cuando alguno de ellos se enferma, cosa que sucede rara vez, va a verlo un rato y luego pasa a lamentarse, con alguna comadre, de las penas del matrimonio.

Eso sí, nunca deja de encomendar en sus oraciones a todos los suyos, sanos y enfermos, vivos y muertos, y en especial a su hijo calavera que tiene ausente y por el cual ha llorado mucho, pero no hasta el extremo de matarse a fuerza de pena como otras madres.

Cuando vuelve a su casa, todo está limpio, arreglado y en su lugar, y pasa el resto del día poco más o menos del mismo modo que la mañana.

Las personas que conocían su proyecto de hacer bordar velo y manto para la Virgen, le habían indicado a varias bordadoras, pero ella, en ninguna confiaba más que en su ahijada Concha, hija de una antigua amiga ya difunta. Nadie ejecutaría aquel bordado con más primor que esta, sin contar con qué, como ahijada suya, lo haría por menos precio y del todo a su gusto, admitiendo indicaciones que quizá otra no admitiría. Por otra parte, dicho sea en honor de la verdad, quería favorecerla con este trabajo, pues sabía que se hallaba como siempre, en muy mala situación.

Fuese, pues, esa mañana a su casa, y sacando medidas y dinero, y guiada por una de sus criadas, se encaminó en persona a casa de su ahijada que la criada conocía. Temía que, si se contentaba con hacer llamar a la bordadora, tardase esta sin acudir, y no quería perder un día más.

No estamos en París, pero, aun en nuestra pequeña ciudad, suele sucedernos que cuando algún negocio cualquiera nos lleva a uno de esos suburbios, especialmente si es al sud, que hemos visitado pocas veces y quizá nunca, nos parece que nos hallamos en otro pueblo, extraño al nuestro.

Calles y calles ya angostas, ya anchas, y otra vez angostas, más allá —veredas irregulares —casas y más casas, casi todas de bajos, alguna vez un altito recién pintado, patios solitarios, puertas cerradas, ya un perro que acosa al transeúnte, ya un montón de cerdos y de criaturas sucias que vagan confundidos sobre el fango de media calle. Chicherías a cada paso. A veces, junto a una chichería, una capillita cuya cruz sirve de estandarte a la crápula... Mujeres de aspecto repugnante, hombres ebrios que disputan y se provocan, y en medio de todo esto, alguna vez, una ventanita baja cuya limpia vidriera deja ver adentro una habitación amueblada y limpia... Cuando se va por esas calles, se comprende que nuestra “tierra inocente y hermosa”, no es, ni tan hermosa ni tan inocente como se dice, que quizá esos rincones apartados son el escondrijo de la miseria, de la deshonra... y de mil horrores más.

Poseída vagamente de estas ideas, doña María seguía a su sirvienta por una de estas calles; cada vez más dispuesta a manifestar a su ahijada su asombro y descontento de que se hubiese venido a vivir en semejantes parajes que tan poco convenían al decoro y buen nombre de una niña decente.

—¡Qué diría la pobre Margarita si resucitase y hallase allí sus hijas! —se decía.

A cada cuadra que caminaba preguntaba impaciente a la criada hasta dónde iban, pero la casa de la bordadora estaba todavía adelante, y seguía andando.

Por fin la criada se paró ante una puerta y la señora pudo ver hacia adentro del zaguán una casa vieja donde todo era desaseo, ruina y abandono. Lo que contribuyó principalmente de un modo pésimo a impresionarla, fue la mala catadura de un hombre que salía en aquel momento de la casa y que se encontró con ella en el zaguán.

La criada que conocía la puerta del cuarto de Concha, llamó a ella varias veces. Por fin sonó la aldaba por dentro y la puerta se entreabrió. Doña María entró en la pieza a tiempo de que una niña desgredada, que se había agazapado detrás de la puerta después de abrirla, huía al patio sin saludar.

En el cuarto que tenía ventana a la calle, estaba dividido por una cortina hecha de dos sábanas unidas y sostenidas por un cordel amarrado a dos clavos. Cortina improvisada detrás de la cual se movía en silencio una persona. Doña María se sentó en un sofá viejo y esperó. Hacia bastante tiempo que no visitaba a su ahijada. Allí no se veía ya más que un sofá y el baúl sobre el cual había un montón de costuras dobladas. Todo estaba sucio y descuidado.

Concha se presentó por fin. Se comprendía que había tardado por cambiarse rápidamente la falda del vestido y cubrirse el talle con una manta; pero a pesar de su acostumbrado aire de compostura lento y reposado con que se presentó, su madrina la notó muy cambiada. Le pareció mucho más delgada y marchita y observó en ella una expresión de malestar que antes sabía ocultar mejor. Notó además en ella cierta violencia y falta de naturalidad que mostró al saludarla.

Sus manos, estropeadas por el cuchillo de cocina y quemadas hasta el punto de parecer sucias, no eran ya aquellas manos de hada, a las que había visto ejecutar tantos primores. Casi le pesó haberla buscado temiendo por su bordado.

La señora comenzó con reconvenciones como de costumbre con las hijas de una antigua amiga sobre las cuales creía tener cierto derecho. Se quejó de que María la chica, apenas abiertas las puertas, había huido de ella, con la mayor malacrianza, casi sin saludarla.

Creyó que Concha, como siempre, iba a tratar de disculpar a su hermanita, pero no fue así.

—Estaba descalza y sucia —dijo con una especie de franqueza ruda que rayaba en descaro — y por eso habrá huido. Además, como hace tanto tiempo que no va a la escuela, se ha acostumbrado a no ver gente y se hace cada día más corta.

—¡No va ya a la escuela!

—Qué malo está eso. ¿Y por qué no va?

—Porque no tiene calzado ni vestido con que salir a la calle.

La señora se quedó cortada. Le asombraba oír semejantes confesiones en boca de Concha. De Concha que toda la vida había sabido disimular y ocultar sus penurias y que en otra ocasión se hubiera dejado abrumar a reconvenciones antes que confesarse vencida por la pobreza. Era indudable que su madrina

la hallaba en uno de esos momentos en que, cediendo al fin el peso de una situación que no podemos sostener más, nos dejamos llevar de la amargura y el despecho.

—Estás muy flaca —dijo doña María—. Nunca te he visto más destruida, ¿has estado enferma? Te veo después de algún tiempo. Ya no te acuerdas de buscarne; tanto, que he tenido yo que hacerlo. ¡Jesús que vives lejos!

Y enseguida se quejó de lo mucho que se había cansado y reprobó a la joven que viviese en aquellos sitios, siendo como era una joven sola y sin amparo.

Una contracción amarga, parecida a una sonrisa se dibujó en los labios de Concha, que contestó a un tiempo a la pregunta y a la observación:

—He estado y estoy muy enferma. Si no fuese la necesidad que me sostiene, obligándome a trabajar, hace tiempo que me hallaría tirada en un rincón. Y luego, ¡Ah! no necesito que usted me lo diga. Comprendo las ventajas de residir en el centro de la población. Si pudiese, viviría en la plaza; pero la que se halla en mi situación tiene que resignarse a todo, los alquileres están cada día más subidos y cada día gano yo menos. Si hoy vivo aquí, tal vez mañana tenga que ir lejos, más lejos.

Doña María se quedó esta vez más cortada. Se acordó de que hacía un año, con pretextos más o menos hábiles, se había negado dar a su ahijada, en alquiler, una tienda con pasaje que ocupaba una planchadora en su casa. Parecióle que en las palabras de la joven había algo de reproche y sintiendo que la voz de su propia conciencia iba a acusarla se apresuró a recordarse a sí misma interiormente, las razones que había tenido para aquella negativa. En efecto, alquilar habitaciones en la propia casa a una ahijada pobre, a la hija, o mejor dicho a las hijas de una antigua amiga que al morir se las había encomendado, era, en cierto modo, contraer la obligación definitiva de echarse encima dos personas más de familia. Y luego, la responsabilidad. Por Concha no lo halla tan inconveniente; porque Concha era una mujer formal y además, sabía hacerlo todo, tenía grandes aptitudes de que se podía aprovechar, pero aquella chica... que se introducía en su casa con toda la majadería propia de los niños pobres. Y la paz de su casa, y sus costumbres y su amor a la soledad y todo lo que tendría que sufrir de ellas por ser pobres, ella que no aguantaba ni a sus nietos... en fin era un delirio, un absurdo. ¡Si no se hubiese tratado más que de alquilarles

la tienda! pero no, mejor era tenerlas lejos y socorrerlas en lo que pudiese, al mismo tiempo que sacaba provecho de la habilidad de su ahijada, siempre dispuestas a servirla, obligada por uno que otro favor que había recibido de ella en distintas ocasiones.

En seguida, creyendo alegrar a la joven, le contó el motivo de su visita.

No se alegró, y hasta manifestó de pronto que no podía hacerse cargo de la obra. Hacia un año que no bordaba. Solo recibía costura blanca.

—Pero en eso ganas muy poco —observó la señora.

—¡Ah! ya lo sé, hasta hace pocos meses concluía una pieza al día, por la que me pagaban cuatro o seis reales, hoy la termino apenas en dos días.

—El bordado da mucho más.

—Pero el bordado me mata. Más dañoso que ninguno me es el trabajar en bastidor.

—Entonces, ¿no aceptas la obra?, lo siento. ¡Lo haces tan bien! ¿Y llamando una compañera que trabajando bajo tu dirección, te ayudase en la parte más morosa y menos delicada de la obra, no te harías cargo de ella? preguntó la señora, indicando en seguida que adelantaría algo del pago.

Concha pareció vacilar, pero su ánimo estaba visiblemente debilitado.

—No, no —dijo luego—, ¡sería inútil! Me comprometería en vano. Es inútil, ya no puedo. Y sus ojos brillaron rebosando lágrimas.

—¿Por qué no te dedicas a coser trajes?, preguntó su madrina con cariñoso interés. Eso, con menos trabajo da mucho más. Mira cuantas han cambiado, por ese medio, de situación.

—Esa ha sido siempre mi idea, dijo la joven, pero para eso es necesario una máquina. Hay costuras que solo se pueden hacer con ella, y... la máquina vuela, ¿qué podemos adelantar las que cosemos a mano? ¡Ah! si yo tuviese una no perdería la esperanza, así enferma como estoy, vería usted cómo en poco tiempo, cambiaba mi suerte.

Y a la sola idea se entusiasmaba.



—¡Cuánto tiempo he trabajado, continuó, sin más aspiración que esa! Si la hubiese alcanzado me consideraría feliz —y exhaló un involuntario suspiro.

“¿Cuánto cuesta una buena máquina de coser?”, se preguntó a sí misma interiormente la señora doña María: pero dándose cuenta inmediatamente del espíritu de esta insidiosa pregunta, la rechazó como mal pensamiento.

—En dos ocasiones ha perdido de golpe los ahorros que llegue a hacer destinados a ese objeto —continuó Concha— La primera como Ud. sabe, cuando me falsearon el candado y me robaron todo lo que tenía en mi tiendita de la calle San Francisco, y otra vez el año pasado, cuando la enfermedad de la chica, en que gasté todo lo que tenía.

—Sí, sí, —afirmó la señora precipitadamente, tratando de desechar las ideas que la acosaban—. Te hace falta una máquina de coser. Así estarías mejor. Debes hacer lo posible por comprar una.

—¡Ya no es tiempo! —murmuró la joven con desaliento—. Lo menos que una de ellas cuesta son treinta o cuarenta pesos; ¿cómo ganarlos? ¡Estoy tan mal de salud! Ya no puedo, ya no espero nada y suspiró con profunda tristeza.

“—¡Ah! —pensó entonces doña María sin poderse contener —precisamente la cantidad que traigo... lo suficiente... de sobra. ¡Qué alegría, que felicidad ir ahora mismo al comercio, buscar una, la mejor, pedir un mozo que cargue con ella, llegar, presentársela y decirle: Ahí tienes la máquina. Es tuya. Alégrate: trabaja, no más desmayo, no más desaliento”.

Mas la virtuosa señora echó de ver al momento en lo que estaba pensando. Sabía que el enemigo no se duerme y se puso en guardia ¡Privar a la Virgen del obsequio que le tenía destinado! Faltar a una promesa. No, no, —murmuró decididamente en su interior —primero la Virgen y después los pobres, y procurando recordar las palabras del señor canónigo, su confesor, el día en que le comunicó su proyecto del donativo. “Manía vieja de la herejía ha sido declararse contra las sagradas imágenes”. “Contribuir al esplendor del culto es sostener la religión”.

—Con que, ¿no te encargas de la obra? —preguntó a su ahijada.

Esta vaciló otra vez y luego dijo que la aceptaba; que llamaría en su ayuda a una compañera.

—Lo hago solo por pagar lo que debo por seis meses de alquileres de esta habitación —dijo.

En aquel momento se vio a la pequeña María cruzar rápidamente el patio cargada de un cantarito de agua que acababa de sacar del pozo.

—Y por aquella —añadió Concha pensativa señalando a la niña —solo por ella, el día en que yo hubiese asegurado su porvenir, ¡con qué gusto renunciaría a la vida!

—No digas eso —murmuró su madrina conmovida, tratando de consolarla. Concha estaba, inconocible, jamás la había visto tan abatida.

En seguida se ocuparon de la obra. Doña María presentó las medidas que había traído; Concha le mostró sus dibujos de los que la señora eligió el que le pareció mejor; y se hizo el presupuesto.

La señora quería que el bordado de seda del velo fuese mezclado de algunos hilos de oro, más a la joven le pareció que siendo la tela demasiada delicada, había peligro de que se estropeará y aun rasgara con el oro.

Por fin quedó todo ajustado y convenido. Le dejó un adelanto y se despidió de ella, comprometiéndola a que viniese a su casa después de almorzar para que salieran juntas a hacer la compra del material para la obra.

Ya en la puerta, cuando se despedían, volvió a decirle que estaba muy destruida, que se cuidase y procurase recobrar su salud. La joven habló otra vez de morir y de que solo su hermana la ligaba a la vida.

—¡Me preocupa tanto su porvenir! —dijo— me horrorizó al pensar en todo lo que espera...

—¿Es posible que hable así la que durante diez años ganó, con virtud inalterable, la subsistencia de una madre enferma?

—¿Por qué afligirse así por ella? ¿No cuenta acaso con la herencia que tu madre y tú le dejás, con la más sólida: que es la de los buenos ejemplos?

—Hay otra más sólida —murmuró la joven, sonriendo con amarga ironía.

—Nada hay más sólido que la verdadera virtud —rectificó la señora con firmeza. Que se parezca a ti: es lo mejor que podemos desearle.

—¡Oh, no! ¡Por nada! —exclamó Concha con viveza—. Que no se parezca a mí. Que no le quepa la misma suerte; cualquiera menos esa —agregó lentamente y con amargura.

—Este oficio de vestir imágenes es a veces muy cruel.— Parecía despechada.

Su madrina clavó en ella los ojos.

—Me extraña oírte hablar así, le dijo...

—¡Se cambia tanto! —respondió ella— ¡La vida tiene, para algunos, tan terribles enseñanzas! Dichosa usted que no las sospecha siquiera.

Concha no apareció en todo el día.

Doña María había vuelto a su casa tristemente impresionada; pero las penas ajenas, que solían afligirla sinceramente, no pesaban por sobre ella hasta el punto de hacerla perder la paz, ni quitarle los gustos un tanto regalones de su vida habitual; y así fue que aquella noche, después de haber despachado su taza de chocolate, y haber fumado tranquilamente a su anchas su acostumbrado cigarrillo, de haber rezado y encomendado a parientes y conocidos, se metió

en la cama y se puso a pensar deliciosamente en las diversas circunstancias del regalo que iba a hacer, deteniéndose principalmente en el asombro y comentarios de sus compañeras de la Santa Asociación, cuando faltando algunos días para la fiesta, supiesen que ella se encargaba de vestir y adornar a la santa imagen y vieses aparecer aquel maravilloso obsequio. Después preguntándose si las medidas estaban bien tomadas, recordó el día en que aprovechando de un arreglo que se le hacía en el altar, hizo bajar la imagen con dos sacristanes y las tomó ella misma, y de su estremecimiento de que uno de ellos a causa de la postura violenta en que se mantenía sobre el altar, perdió el equilibrio y estuvo a punto de venirse abajo con la imagen. No tardaron aquellos agradables pensamientos en ser turbados por el recuerdo de Concha. Al salir de casa de esta, en el patio había visto a una vieja alta y flaca sumamente antipática. Por las señas; era la dueña de casa, una tal doña Carlota, de quien le habían dado informes nada tranquilizadores. Le pesó no haber insistido con la joven, en que dejase esa casa.

Aquella noche tuvo un sueño tan extraño como confuso... Uno de esos sueños que no se pueden contar por enmarañados y vagos pero que dejan una profunda impresión. Un sueño en que todas las ideas del día anterior se habían enredado y confundido. Concha, triste, desalentada, enferma, el velo de la Purísima rasgado por el peso del oro —aquella vieja antipática asomando la cabeza para atisbar una calle oscura. Un hombre sospechoso esperando en una esquina. Luego el templo. El sacristán que de un salto, ponía sus sucios y groseros zapatos sobre el altar despojado de sus manteles y alargaba los brazos para apoderarse de la imagen, y por último la Purísima caída desastrosamente despedazada... ella angustiada, estremecida, acudiendo a levantarla y la imagen que alzando la cabeza lánguida y dolorida, le decía tristemente del mismo modo que Concha.

—Es tarde, ya no es tiempo.

Cuando doña María abrió los ojos era ya de día y oyó realmente esa voz lastimera con que estaba soñando: la de alguna que hablaba con sus criadas en el patio al otro lado de la puerta cerrada de su dormitorio.

Al saber que la que estaba ahí era la hermanita de su ahijada, se vistió inmediatamente poseída de un singular desasosiego, acusado por el sueño del que acababa de despertar, y salió a recibirla.

La chiquilla, para salir a la calle, se había amarrado a los pies, como pudo un par de zapatos viejos y envuelta en una manta de su hermana.

Doña María rasgó el sobre, y descubriendo dentro de él, el paquetito de billetes de banco que el día anterior había entregado a su ahijada, miró asombrada a la niña que respondiendo a su mirada murmuró muy despacio, con voz que se anudaba en su garganta:

—Se ha ido... esta mañana.

—¿A dónde?

La desdichada bajó la cabeza para responder.

—No sé —y prorrumpió en sollozos ocultando la cabeza bajo la manta.

Doña María la hizo entrar en la sala y llena de ansiedad leyó la carta que decía así:

“Devuelvo a usted el adelanto que me hizo por el trabajo que ayer, en un momento de vacilación me decidí aceptar. No pregunte usted a dónde voy; sé que Ud., como todas, me condenará severamente. Muy fácil es amar la virtud y practicarla cuando sin lucha, sin crueles y terribles pruebas, la virtud se reduce a cerrar los ojos a las miserias del mundo y acogerse en el cómodo y plácido recinto de la oración. Pero mi madre, mi santa madre que ha visto desde el cielo mis dolores íntimos de tantos años, será más indulgente conmigo.

“Yo que orgullosa de mí misma, creí, en medio de mis padecimientos, que no podía llamarme verdaderamente desgraciada mientras pudiera levantar la frente, yo que durante toda mi vida practiqué la máxima de que se debe sacrificar todo, todo a la dignidad, sucumbo al fin... no a la pasión, al cansancio, al desaliento, al escepticismo. No comprendo la bondad de un Dios que va aumentando de día en día el peso con que carga nuestros buenos propósitos sin cuidarse de ver hasta qué punto podrá soportarlos una débil criatura.

“Usted, que ha sido siempre mi amiga, no se acuerde más de mí, todo está consumado y sería demasiado tarde; pero tenga usted compasión de mi pobre María. Se la entrego.

“Deseo, se lo ruego con todo mi corazón, que trate usted de colocarla como gratuita en la casa de huérfanos. Creo que no le será difícil el conseguirlo, contando, como cuenta usted con las influencias del señor Canónigo, su confesor. Si esto no es posible, o si no accede usted a mi súplica, contésteme inmediatamente, y mande su contestación a doña Carlota mi patrona, que se encargará de hacerla llegar a mí poder para que yo envíe inmediatamente por mi hermanita. No quisiera que esto sucediese, porque mi objeto como usted comprenderá, es alejarla de mi lado”...

La lectura de esta carta tan inesperada como terrible, dejó a doña María anonadada.

Pensó en el aspecto y en las palabras de Concha el día anterior, en su sueño, en todo reunido, comprendió cuan cerca había estado de tender la mano de aquella desgraciada para apartarla del precipicio y aquella mujer, madre al fin sintió en el corazón una puñalada tan aguda, que cayendo en un asiento, después de un momento de estupor, comenzó a llorar con la mayor amargura.

Sí, sí, exclamó luego abrazando a la niña y hablando con ella, entrarás en este establecimiento, y si no te admiten como gratuita yo pagaré la pensión. Esto servirá para los dos primeros meses, y oprimió el paquete de billetes.

Esta señora tenía buen corazón; abrigaba ideas falsas respecto de la caridad, por eso erró.

Lectora mía, ¿quieres saber ahora lo que la Virgen María quiso decirles en sueños?

“Te hice un llamamiento, quiso decirle, y lo desoíste. Llegaste a tiempo para tender la mano y salvar del abismo a una desgraciada y le negaste tu ayuda y la dejaste caer. ¡Ah! ¡Qué importaba que una imagen mía, allá en la tierra vistiese un miserable trapo de más o menos, si el precio de ese trapo importaba la salvación de una criatura! No comprendiste que, si es meritorio ornar el templo material donde se adora a Dios, mil veces más lo es sostener en la virtud a un alma pura, templo mucho más precioso, consagrado a Dios en espíritu y verdad”.



Yo te bendigo



El hombre no vive solamente de comida y de bebida, sino también— de la palabra divina dice la sentencia bíblica: “tú eres más que él. Tú vives más de amor que de comida y de bebida. Tú como el niño prefieres la caricia al alimento”.

¡Amigo fiel!

Compañero de los juegos de la infancia cuyos atronadores ladridos hacen coro a las alegres carcajadas.

Guardián de la casa del labrador.

Compañero de viaje, abnegado hasta morir... a veces delator del crimen.

Heroico explorador en San Bernardo.

¡Bendito tú, Bendito más que todos, heroico servidor de la Cruz Roja.



Alma ingenua, alma de niño, con sus impulsos ya iracundos, ya generosos — alma encerrada en cuerpo de animal eternamente incomprendida, eternamente atormentada.

Corazón y cerebro cuyos alcances salvan el abismo que separa al bruto del ser que se reconoce y dice: Yo pienso y siento. Cuando te veo esclavo, so-metido a la voluntad de tu dueño con una abnegación que va más allá... Cuando te veo afrontar peligros y soportar mortificaciones hasta olvidar tus necesidades más apremiantes, por seguirle y hacerlo, no por conveniencia sino por afecto, cuando te veo gemir de felicidad con una caricia y consumirte de abatimiento con un castigo moral. Cuando en horas de meditación y de tristeza te veo a sus pies, alzar los ojos ansiosos por comprender la causa y comunicarte con él, me pregunto: La idea de un árbitro supremo de tu destino mezquina, grosera y confusa, que se eleva del hombre a Dios: ¿no es comparable a la que tú concibes de ese ser superior del planeta?

La razón y la fuerza

La razón y la fuerza se presentaron un día ante el tribunal de la Justicia a resolver un reñido litigio. La Justicia se declaró en favor de la Razón. La Fuerza alegó sus glorias que llenan la historia y su innegable preponderancia universal en todas las épocas; pero la Justicia se mostró inflexible.

—Tus triunfos no significan para mí más que barbarie; solo sentenciaré a tu favor cuando te halles de acuerdo con la Razón— le dijo.

Las dos litigantes se retiraron, cada cual por su lado, y en el camino, la Fuerza se encontró con la Hipocresía y le contó el fracaso que acababa de sufrir.

—Has declarado tus ambiciones con demasiada franqueza— díjole esta. —Si te hubieses revestido de los atributos de tu enemiga, el resultado hubiera sido distinto.

La Fuerza aprovechó el consejo: Aguardó a que la Razón estuviese dormida o descuidada, le robó sus vestiduras, se disfrazó con ellas, y adoptando sus maneras y lenguaje, se presentó a la Justicia con su memorial en la mano.

—Leedlo, señora, —le dijo—. Todo lo que pido es en nombre de la Patria, de la Humanidad, de la Religión.

La justicia que es algo cegatona, se colocó los anteojos, puso su visto bueno al documento y le imprimió el sello augusto de su ministerio.

La Fuerza se fue en busca de la Hipocresía.

—Eres hábil, —le dijo—, y me conviene tomarte a mi servicio; pero la vileza repugnante de tu aspecto podría perjudicarme. Es necesario que cambies de traje.

La Hipocresía se dirigió a casa de la Prudencia.

—Vecina, —dijo—, hágame el favor de prestarme uno de sus trajes, el más decente. Me propongo una loable empresa.

La Prudencia mantiene su lámpara encendida y goza de muy buena vista, pero el papel había estado tan bien representado que se engañó: Creyó en las buenas intenciones de aquella vecina y le confió un traje de diplomático.

Desde entonces, cuando la Fuerza no puede realizar por sí sola alguna de sus hazañas, se asocia a la Hipocresía y casi siempre logra triunfar.



La conciencia

Acababa de cometer un crimen, y horrorizada llamé en mi auxilio a la religión.

Con ademán solemne, la religión puso en mis manos una moneda, cuyas dos caras representaban mis buenas y malas acciones.

Emprendí la subida por un sendero escarpado que se elevaba al cielo, y al avanzar, examiné la moneda.

Desde luego, hallé pintada en ella, con vivo colorido, toda la fealdad odiosa y repugnante de mi mala acción. Rápida, instintivamente, volquéla al punto, y en el reverso, traté de descubrir, con trabajo, algunas sutiles circunstancias que atenuaban mi culpa.

Así marché examinando alternativamente, las dos caras opuestas de la moneda. Mas, como siempre que fijaba mis ojos en el mal lado, sentía la punzada insufrible del remordimiento, di en examinar con más frecuencia el lado bueno, en el cual fui descubriendo multitud de razones y circunstancias, cada vez más marcadas, que, no solamente disculpaban, sino que justificaban aquella acción.

Y sucedió que cuando más examinaba el lado bueno, los caracteres fuertemente grabados en el mal lado fueron debilitándose poco a poco, hasta quedar casi borrados.

Cuando llegué a la cumbre de aquel sendero, me arrodillé a los pies de la Religión y confesé sinceramente mis pequeñas culpas, más no aquella, que, a fuerza de sofismas, se había convertido a mis ojos, en una acción laudable.



El primer tren



“Oíd, oíd, ahí viene el gran caballo”, dijo de pronto el decano de la tropa, un mulo envejecido en la fatiga de los tortuosos desfiladeros andinos.

Mulos y mulas, caballos y borricos dispersos en el prado, dejaron de pacer, y, alta frente, orientaron las orejas hacia el lejano colosal relincho que les anunciaba la aparición del monstruo.

—Ahí viene el gran caballo, repitió el viejo; viene a galope tendido; oíd su jadeo ardoroso, precipitado, el rumor retumbante de sus cascos, se refrenan de pronto; da unos cuantos resoplidos; lanza un relincho estridente, estornuda, babea, tasca el freno y se detiene... ¿Le habéis visto?

—Lo he visto desde lejos; le he visto aparecer alternativamente, veloz como el relámpago entre los claros del bosque, dijo un potrillo entusiasmado. Lleva un penacho de humo en la cabeza, ¿qué es eso?

—Es su aliento; su aliento de titán. Ha bebido mucha agua, mucha, y el fuego que llevaba en las entrañas convierte el agua en vapor, aliento poderoso que le impulsa, sin el cual no arrastraría centenares de pasajeros y centenares de toneladas de carga.

Un bonito caballo de raza andaluza, acicalado a la antigua con la cola y las crines muy crecidas y el tronco redondo y reluciente, tomó la palabra y en atiplado relincho increpó al viejo mulo y a sus oyentes.

—Admirad, necios, admirad al extranjero— dijo. Al intruso que viene a usurpar nuestro puesto y con él la parte que nos toca en la obra civilizadora del hombre.

Alabad al aventurero que viene a reduciros a la inacción y la nulidad. Ese invento fatal moviendo ruedas, suprime nuestro esfuerzo en maestranzas y fábricas. ¡Ciegos! No veis que si además conduce al paseante y al viajero, si lleva carga; si con su celeridad incomparable acorta las distancias, si reemplaza con toda ventaja a toda acémila, a todo vehículo, ¿no nos queda qué hacer? Expulsados por inútiles, huiremos a refugiarnos en los bosques. Nuestra gloria en los combates, nuestra fama en los torneos, nuestra honra de colaboradores en las grandes empresas humanas, será bien pronto olvidada y degenerados, salvajes, no dejaremos de nuestra raza más vestigios que la cebrá y el onagro de los desiertos.

El viejo mulo alzó los ojos entristecidos por los años y el trabajo, para mirar un instante con fijeza al elocuente orador.

—Así hablas tú, —le dijo— porque todas las tormentas te sorprendieron bajo el techo del pesebre; porque todos los inviernos te encontraron abrigado por confortable cubierta de lana; porque el hambre de los años desastrosos, te halló siempre provisto del morral lleno de grano sabroso y nutritivo, expresamente conservado para ti; porque los paseos de tu amo, tan regalón como tú, se limitaban a ejercicios higiénicos, y cuando eran interrumpidos por alguna causa, a fin de que no reventaras de gordo... Nunca tus miembros se doblegaron bajo el peso de la carga, nunca bregaste colosales furgones en el incendio del mediodía, sobre la arena abrasada de las carretas.

No conoces el tormento de la sed ni las ansias del cansancio supremo, ni las agonías de la asfixia que ahoga en sangre las fauces en el prolongado ascenso de la montaña. No has pisado, turbado y vacilante los bordes del precipicio;

no has pasado las noches a la intemperie, allá en las cumbres, sacudido por torbellinos de nieve y terribles descargas eléctricas. Abajo en las quebradas, no has temblado bajo el látigo brutal que te arranca a golpes del atolladero... en la jornada interminable, agotado por fin y resuelto a no dar un paso más, tus músculos enflaquecidos no fueron macerados a pedradas ni tus ojos cerrados al extranjero, y, nosotros en cambio, acémilas humildes, le bendecimos. Sabemos bien que su presencia no nos privará de trabajo honroso y soportable.

—Y tú, noble y valiente compañero del hombre— añadió mirando a un grupo de caballos de tropa que se hallaban presentes— sabes también que tendrás siempre a su lado tu puesto en el campo del honor.

Y los fuertes caballos de batalla, de cola recortada y recia herradura, cuadrándose con arrogancia, encabezaron la salva de relinchos.

—Salud al gran caballo. Paso al Libertador de oprimidos y de mártires. Paso al tren.



El diamante

El Diamante dijo un día a sus hermanos: –No pueden alabar nuestro común origen, son mi vergüenza. Los que surten las lámparas y se arrastran en los fogones, les harán proclamar su parentesco con quien nacido en regiones privilegiadas es transportado en triunfo, de su cuna a los palacios a coronar frentes de sus soberanos. La negrura de ustedes y fetidez les denuncian, están mezclados con sustancias viles, y yo soy puro; desde la cuna, tan solo me acompañan el oro, la plata, los rubíes y otras piedras preciosas. Los sitios en que me digno habitar son bien contados y por buscarme el hombre, cruza mares y desciende a los abismos.

–Nosotros nos hallamos allá donde podemos serles útiles–dijo la Hulla–; proveemos a las necesidades de su industria y también a sus necesidades domésticas.

–Son despedazados por el hacha y luego cruje bajo su planta, continuó el Diamante. Aprendan de mí; soy el más duro de los cuerpos de la Naturaleza, ninguno me raya y yo rayo a los más fuertes.

–Eres duro, pero frágil– observó el Grafito a media voz.

–¡El plebeyo cristal se enorgullece de semejarse a mí; el artificioso Estras que se introduce clandestinamente en el comercio cuando se afana por imitar mis reflejos! La Perla misma, con toda su belleza, jamás alcanza la preferencia cuando se atreve a competir conmigo. Si no salgo a lucir en paseos y festines, descanso muellemente en perfumadas cajas acolchadas de raso y terciopelo. Sin mí no hay fiesta aristocrática; yo comunico a esos saraos el brillo particular que los distingue. Al contemplar mis destellos, se realzan sus atractivos naturales, las bellas mujeres sonríen satisfechas ante el espejo, y muchas de las que no poseen, darían por mí algo más que la vida.

–Si, tú fomentas la vanidad femenina, no lo negamos, dijo el Grafito; eres el principal factor del lujo, que, en todo tiempo, fue el cáncer de la sociedad. Por ti son sacrificados honra e inocencia. Tu brillo engendra en el corazón del miserable, envidias y rencores que se resuelven crímenes. ¿Qué más has hecho desde que apareciste en el mundo? ¡Cuéntanos! Montar el eje de los relojes y cortar el vidrio; servicios bien insignificantes si se comparan a los

males que has causado. Nosotros entretanto, nos consagramos a la industria y contribuimos al progreso. Yo, porfiando hasta deshacerme contra la pizarra, grabo en la mente del niño caracteres que ilustran su inteligencia y guían su voluntad hacia el bien.

–Mi aliento impulsa el navío que conduce las riquezas de la industria del uno al otro continente, dijo la Hulla, y empuja la locomotora que las arrastra a los confines de la tierra. En las ciudades, combatí las tinieblas, hasta en las callejuelas más apartadas; fui el mejor auxiliar de la policía; ¡cuántos crímenes evité y cuántos fueron denunciados por los resplandores de una lámpara!

Aunque hoy se haya inventado un sistema de alumbrado superior al que yo proporcioné, los siglos venideros no olvidarán los servicios que presté a la humanidad.

–Allá donde falta Hulla yo acudo a reemplazarla– dijo la Turba.

–Yo purifico el vino y los jarabes– agregó modestamente el Carbón animal.

–La quimera moderna, –continuó el Grafito–, ha desmentido tu decantada fortaleza; se te creía inatacable y resultas combustible como nosotros. ¿De qué pues enorgullecerse? ¿Cuáles son tus preeminencias? ¡Respóndenos!

El Diamante no tuvo qué responder, y la Hulla, el Grafito y los otros sonrieron y le volvieron las espaldas.



Fragmento



Mi hermana nos dejó solos en aquel momento. Hacía rato, que, apoyados en el barandado del balcón, ambos pensativos, teníamos los ojos fijos en una mata silvestre prendida de una grieta del muro entre dos altas ventanas del templo, que se alza enfrente de mi casa.

—Es mía, —dijo—, hace seis meses que la contemplo cada día, con el mismo interés con que observara a una romántica vecina.

—También a mí, —murmuró—, toda existencia aislada y excepcional, aunque no sea más que la de un pequeño ser, me inspira simpatía.

—Hace seis meses, —dije—, parecía feliz. Sus largas ramas flotaban atrevidamente sobre el vacío desafiando los soplos de la tempestad. ¿Ves allá abajo en el atrio silencioso esa multitud de plantas que se arrastran hasta besar los cimientos de su enorme pedestal?, libre ella del contacto de esa vulgar muchedumbre, parecía satisfecha de su altura. El lodo de la tierra no la alcanzaba y era la primera en recibir los dones de lo alto; el rayo del sol y el rocío vivificante de la mañana. Pero su escasa frescura, continué, sin dejar de mirar hacia

la planta, no ha tardado en marchitarle. Mira, está mustia. Entretanto, que las de abajo lucen juntas y a porfía su robusta y prolongada florescencia, la solitaria empieza a languidecer. Se deja caer hacia abajo, arrepentida y como si anhelase alcanzar a las otras y abrazarse a su ramaje. Organizada para vivir en la tierra, enlazada a sus semejantes que la hicieran sombra, los mismos beneficios del cielo, que no tiene con quien compartir, acaban por abrumarla; la quema el sol y la hiela la noche.

Me comprendió y ligera sonrisa despreciativa se dibujó en sus labios.

—¡Corazón de mujer, —murmuré lentamente—, orgulloso de la elevación y singularidad de tus sentimientos, en la atmósfera de aislamiento que has creado en torno tuyo, tú experimentas íntimamente esa temprana decadencia!

—Es una planta —dijo ella— con cierto desdén y solo por decir algo — tan común en nuestro clima, que en la estación lluviosa brota a montones en todas partes, en el campo, en la ciudad; no es extraño que haya subido hasta allí...

—No necesita ser sembrada ni cultivada, —añadí yo—. No importa que se la arranque, que se la pisotee, que se trate de aniquilarla, su germen no se extingue. Es una planta porfiada, constantemente empeñada en vivir, que se parece a la flor del corazón, a la esperanza... Es la más bella entre las radiadas y se llama como tú... Margarita.

Ella continuó impasible.

Yo había resuelto que terminara la comedia de amistad que me obligaba a representar. Quería saber si aquella estatua tenía un alma.

—Voy a confesarte una debilidad, le dije, no te rías, es una confidencia. ¿Ves allá entre su escaso y marchito ramaje, un diminuto botón de pétalos amarillos? Es una flor tardía y descolorida, única flor que ha producido esa planta. Todos tenemos nuestro secreto y a mí se me ha antojado que los pétalos de esa flor guardan el mío: el único secreto de mi vida.

—El único secreto de tu vida depende, pues de una casualidad— observó.

—Es verdad, pero, puesto que no me es dado descubrirlo por otro medio, quiero someterme al fallo de la casualidad y creer en ella como en un árbitro.

—Fácil es, —dijo—, ya que no alcanza hasta ella, coge una de las de abajo y consúltala.

—Son muchas y es difícil escoger. Unas me dirían que sí y otras que no; muchas casualidades sucesivas, desmintiéndose mutuamente se anulan y se destruyen. Una sola en un momento dado puede ser el fallo supremo del destino. Siempre ha tenido esa preocupación. Por eso, en los paseos por el campo, cuando mis compañeros se precipitaban sin reserva hacia esa flor-sibila, que nos sale al encuentro a cada paso en las orillas del camino; nunca deshojé una, nunca. No quería que su virtud misteriosa se desvaneciera para mí y mi secreto, el secreto de mi porvenir, permanece cerrado en la sola que quiera consultar, a cuyo fallo me entrego. Y bien, ya está resuelto, esa flor es aquella, ninguna otra.

—Y entre tanto, —murmuró ella con calma—, está ahí inaccesible a tu curiosidad. Muy pronto el viento se llevará en un soplo, el único secreto de la vida.

—No lo permitiré. ¿Acaso es imposible llegar hasta ella?

Se volvió hacia mí y me miró con burla.

—¿No lo crees?, —dije—, ¡ya verás! ¡Te lo juro!

—Y hoy mismo, —añadí, al ver que se alarmaba—, porque quizá mañana sería tarde. Pagaré al sacristán para que me abra la puerta de la torre. Hoy es domingo y esta tarde habrá en la calle menos gente que de ordinario; y si alguien me ve ¿qué importa?, no soy más que un estudiante. Subiendo por la torre llegaré en dos minutos a la altura de la bóveda. Paso a paso avanzaré por la cornisa hasta el punto del estribo; luego a gatas, deslizaré el pie hasta ponerlo con cuidado en él, y una vez allí, asomándome al borde, me sujetaré con una mano y alargaré la otra...

—¡Qué horror! —gritó ella, sin poder ya contenerse y tapándose los ojos, —resbalarías y te harías pedazos.

Yo sonreí.

—No es tan arriesgado como te parece, —murmuré con calma—. Muchas veces, siendo niño, he llevado a cabo empresas casi tan peligrosas, por alcanzar un nido de pichones. Hoy tengo otro capricho...

Ella medía el precipicio con los ojos espantados.

—No lo harás, —dijo con seriedad—, se lo avisaré a tu hermana.

—Ella no podrá impedirlo.

—¡Por Dios! —exclamó, alarmada por mi aire decidido—, ¿estás loco? ¡No lo harás!

Yo volví a sonreír.

Me miró entonces un instante de un modo irresistible, casi despreciativo.

—¿Y si yo te rogase, si te ordenase que no lo hicieras?— dijo, cambiando de tono.

—Déjame con mis caprichos y mis sueños, —murmuré, fingiendo amargura—, ¿qué te importo yo?

—Solo de un modo desistiría de mi resolución, —añadí, ahogándome, esta vez, de verás de emoción —solo de un modo: Existe una persona, una sola en la tierra, que puede responder a la pregunta que quiero hacer a esa flor —: eres tú. Si tú quisieras responder...

Ella palideció...

—¿Y qué pregunta es esa? dijo, con inquietud.

—Si me quieres. Yo la miré de frente.

En aquel momento apareció mi hermana. Hay en los instantes supremos, explosiones de emoción que estallan de súbito, en el gesto, en la mirada, en la actitud. Único lenguaje humano, tan espontáneo que el más perfecto disimulo no ha alcanzado a ahogar. El único capaz de infundirnos un convencimiento pleno y absoluto. ¡Mi última frase había sido para ella enteramente inesperada y sin quererlo, sin abrir los labios, sin pronunciar palabras, respondió mi pregunta y hoy soy ya dueño del secreto feliz de mi destino!



El desconocido

La Soberna Matrona, sentada en el altar de su gran templo, en el seno de la tierra, recibía los homenajes de sus hijos, que celebraban sus fiestas; porque era al comenzar de la primavera. Sus manos, incansables, desde el principio del mundo, modelaban, con pasmosa habilidad, innumerables y variadas figuras, que apenas acabadas, eran destruidas, para que el barro de que habían sido formadas, revistiese en seguida nuevas formas, más complicadas y perfectas.

De pronto, entre la multitud que la rodeaba, apareció un extranjero. Era pálido y endeble, pero hermoso como un arcángel. Su alba túnica impalpable formaba pliegues de luz. Una aureola de tenues arboles coronaba su frente. Abrióse paso lentamente entre la multitud.

—Vengo a mirarte cara a cara y a desmentir las alabanzas de que eres objeto, ¡oh! Madre sabía, que te ocupas de crear para destruir, —dijo a la diosa. Al oírle todos se miraron con asombro.

—¿Será un demente? —se preguntaron—. Arrojémosle de aquí.

—¿Te atreves a criticar mi obra? —dijo con voz terrible la Naturaleza.

—Sí, estoy descontento con ella y aspiro a perfeccionarla. Cuando todas las bocas tengan pan y todos los corazones amor, enorgullécete de tu tarea, pero entretanto, ¿hay algo más salvaje que tu grosera fecundidad? Replicó el desconocido. ¡Oh! Madre a quien los hombres, por costumbre, llamaron pródiga, tu lujo es el desperdicio. Eres la fuerza ciega que solo sabe producir; ¿te cuidas siempre de conservar la vida, siquiera efímera, que prodigas? En el reino vegetal, por cada flor que cumple su destino transformada en fruto, cuántas nidadas, demasiado abundantes, que perecen de hambre; y en cuanto al niño ¡Oh! Madre previsora, ¿cuán desvalido lo has hecho? Qué de cuidados, constantes y prolijos, qué suma de abnegación y paciencia, la que reclama su debilidad, durante una época dilatada, expuesto a cada paso a contraer para siempre alguna deformidad moral o física. Más, ¿qué te importa? No tardas en enviar otro, y otros en seguida a usurpar su puesto. En tu brutal afán por producir, no ves que tus criaturas se dañan entre sí y se empujan a la destrucción. Te llaman cariñosa, y la guerra es tu ley de todos los siglos y la vida es un campo de batalla en el que los vivientes se devoran los unos a los otros.

—He armado a todos equitativamente —respondió ella — a unos para el ataque, a otros para la defensa.

—Te llaman benigna, y aplastado por tus leyes inexorables, te implora el hombre con alaridos de que no haces caso —; y las generaciones van pasando, como las olas tumultuosas del torrente que se despeña en el abismo, con el eterno grito de sus dolores y de sus crímenes; y engalanada con tu inmortal verdor, sonríes indiferente, lo mismo en sus fiestas que en sus catástrofes. Te llaman bienhechora y la tierra está llena de desheredados.

—Yo he repartido mis tesoros, —interrumpió ella—. En varios siglos más, el planeta producirá lo suficiente para alimentar a una humanidad más numerosa que la actual. ¿Vas a culparme de que la ambición y el egoísmo humanos hayan causado el desequilibrio de las fortunas?

—¿Pero esa ambición no entraba en tus designios ni en tus previsiones? Si no riges la vida moral de la humanidad con sus pasiones y sus extravíos; si hay un orden de fenómenos superior a tus leyes yo impero en él y soy el soberano delante de ti.

—¿Y quién eres tú que me apostrofes?, ¿quién eres, insensato, que pretendes menospreciarme?

—Un día, cuando el hombre, guiado solo por sus instintos, descarriado de la senda que le trazaste, se revolcó en el fango, hasta hacerse inferior a los brutos, yo contrariando tus leyes, predicando la virginalidad, y la penitencia, eché abajo los ídolos de carne y salvé a la humanidad. Hoy, que la ciencia ha declarado que la vida no tiene más objeto que la vida misma, el hombre estampado ante la horrible tarea, no viendo delante de sí más que vacío y tinieblas, recurriría al suicidio, si yo no revistiese ante sus ojos el hermoso fantasma que persigue —, el que le impulsa a seguir adelante.

—¿Quién eres, pues, que le prometes más que yo?

—Tú llevas las generaciones al seno de la muerte —; yo las conduzco a su destino. Yo soy el ideal.

La felicidad

Soñé que me encontraba en el otro mundo, a cuya suerte un gran número de personas de ambos sexos, aguardaba el momento de entrar.

Y al columbrar por el postigo entreabierto, las deliciosas perspectivas del interior.

—¿Es este el cielo? —pregunté a un individuo que hallé a mi lado.

—¡Ah! No, —me dijo—. El cielo es aun más hermoso y está más arriba. Esta es solo una existencia superior a la que ascienden las almas de los que cumplieron su deber en la tierra.

—¿Y por qué demoran tanto en el vestíbulo?

—Porque al entrar, Dios concede a cada cual el derecho de elegir el sexo, la posición social y hasta las condiciones personales que ha de tener en esta segunda vida. Entonces me aproximé a la puerta de una especie de oficina en la que un anciano de frente calva se entendía con los ingresos.

—Yo quiero ser un hombre de talento, —decía un palurdo—. Que me admiren por mi saber.

Mucho he sufrido a causa de mi ignorancia, hasta mis penas provocaban a risa.

Y en seguida, como de intento, se presentó un sujeto de cara apergaminada y larga melena.

—Quiero aire, luz, horizonte, —dijo—. La verdadera vida al frente de la naturaleza. No hay mejor estupidez que consumirse en el rincón de la biblioteca, entre montones de volúmenes roídos por las sabandijas. La ciencia, al fin y al cabo, no da la felicidad. Quisiera convertirme en ese labriego casi idiota.

Después se adelantó una mujer de rostro marchito.

—De nada me ha servido mi hermosura, —dijo—. Aunque sea fea, quiero ser rica, muy rica, muy rica.

Detrás de ella, otra, marcada desde la infancia por las viruelas, declaró lo contrario:

—Señor, a mí me engañaron, persuadiéndome de que bastaba ser buena. Más tarde he conocido lo que es llevar en el rostro un estigma de vergüenza. Quisiera ser hermosa, aunque tuviese que vivir en la miseria.

Tocóle en seguida a una ex reina.

—He vivido envidiando a las zagalas que libres, de miramientos, moran como las gacelas en las praderas, y se unen al elegido de su corazón. Quiero ser aldeana, florista, costurera, todo, menos reina.

Así fueron presentándose los que esperaban, uno tras otro.

Los padres de familia pensaban que la única felicidad consistía en no tener hijos. Los célibes habían descubierto a última hora, que lo más acertado era buscar una legítima compañera. Los casados sin hijos anhelaban, casarse otra vez, solo por tenerlos.

Todas las mujeres aspiraban a ser hombres, y no faltó un maricón, que, por no ir a la guerra prefiriese ser mujer. Los pobres, solo esperaban ser ricos para ser completamente dichosos y en cambio, hubo un ricachón que habiendo muerto sitiado por numerosa parentela, quedaba tan escarmentado, que había resuelto morir sin un cristo. Por último, a un pobre diablo se le ocurrió ser rey —, y a su lado un ex monarca habló de los disgustos de reinar.

—Hasta suele suceder que por los errores de sus antecesores le corten a uno la cabeza el mejor día, —dijo—. Yo quiero ser un simple particular.

Por fin me tocó el turno y me presenté.

El anciano se había vuelto hacia su secretario y le decía en voz baja:

—Es curioso: Hasta ahora no he encontrado un individuo que haya estado contento con su suerte.

—¿Qué quieres tú? —me preguntó.

—Si he de volver a vivir, —respondí — acepto cualquier destino. ¡Cualquiera!
Menos el que me ha tocado en la tierra.

Y fue tanta mi emoción, que desperté.

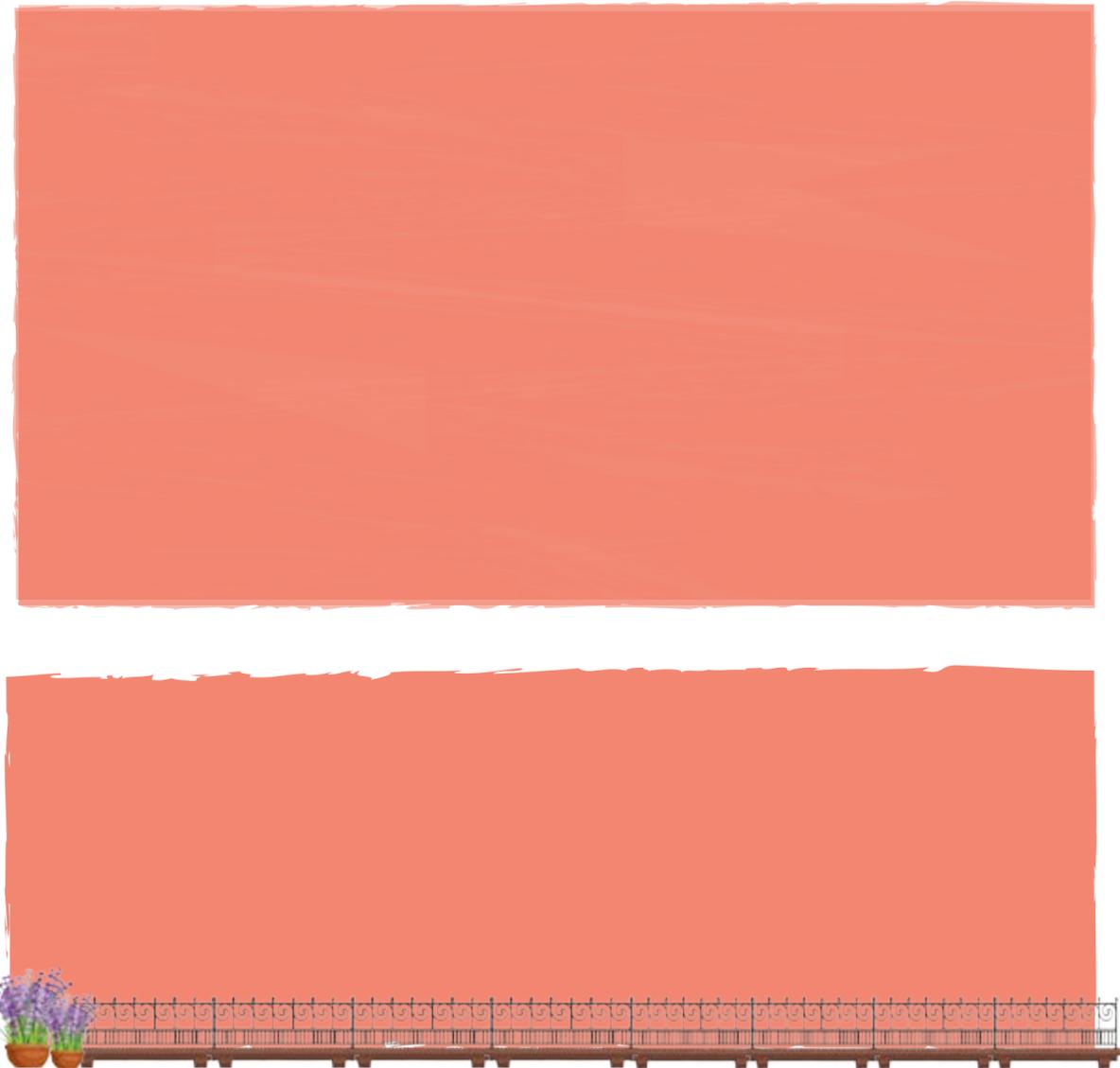
Entonces me dije: La felicidad está en lo desconocido.



 Galería

 **Autoras: otras mujeres en la literatura** 

Observa la siguiente galería de imágenes. Consulta la obra de estas escritoras y algunas ideas que propusieron. Debátelas con tus compañeros de clase.



Pensamientos

En el orden moral como en el físico, tiene el dolor grados y caracteres muy diversos. Hay postraciones físicas que son casi bienestar como hay melancolías que se saborean con deleite. Los dolores morales son como los físicos: intensos unas veces, reclaman quietud, punzantes otras, nos retuercen con ansias locas.

El más agudo de los tormentos morales es el remordimiento; cualquier pena es preferible a él. Tratándose de culpas leves o de daños que tienen remedio, la conciencia suele afrontarlo, cuando se trata de faltas graves e irremediables, su aguijón es insufrible. Incapaz de soportarlo la conciencia, lo rechaza por una especie de instinto de conservación; en su afán por eludirlo, recurre al sofisma y a fuerza de razonamientos, lucha consigo misma hasta conseguir desvanecerlo, o siquiera atenuarlo.

Alguien ha dicho que la conciencia es un faro colocado entre la tierra y el cielo, hay que añadir que al arreciar la tormenta, la luz de este faro suele debilitarse o desaparecer tras la bruma de las pasiones criminales.

En la consecuencia inevitable que sigue a cualquier desorden, la naturaleza física es infaliblemente justiciera; no así la justicia moral: sobornable y acomodaticia.

Cuentan que Rosas vivió y murió tranquilamente en una casa de campo, cerca de Londres, deplorando la ceguera del pueblo argentino que no había sabido comprenderlo. Del mismo modo mueren casi todos los verdugos, cuando han sobrevivido a sus crueles hazañas.

Lo mismo que en lo grande, en lo pequeño todos los días presenciamos fenómenos psíquicos que demuestran esa falibilidad de la conciencia humana. En todo pleito, cada una de las partes se halla íntimamente convencida de la justicia de su causa.

Nada hay más común que obrar con la mayor insensatez y juzgar las acciones ajenas con admirable cordura y circunspección.

Hay personas respetables, sinceramente empeñadas en su propio perfeccionamiento moral, constantemente atormentadas por escrúpulos vanos e insignificantes; las mismas que, entre tanto, cometen sin advertirlo, errores e injusticias trascendentales.

Con frecuencia se ve el público en el caso de censurar disposiciones testamentarias evidentemente inicuas, dictadas por un moribundo a raíz de la confesión sacramental, en momentos de presentarse ante el Tribunal Supremo. Alguna vez hemos presenciado la devolución de una pequeña prenda hurtada por un miserable... jamás la de una fortuna usurpada.

Engañarse a sí mismo no es tan difícil como parece; suele ser tan fácil como engañar a los demás. La autosugestión de egoísmo produce efectos maravillosos,

Desde el momento en que un político ha aunado en sus previsiones, sus intereses personales, con los de la patria, al trabajar por la realización de esas previsiones, empieza a creerse sinceramente patriota y acaba por mostrarse patrióticamente apasionado por la causa que le conviene.

Casi siempre la bebida, el juego y otros vicios son el remedio exigial con que se trata de ahogar remordimientos que no tienen remedio.

Uno de los efectos más desastrosos y más seguros de cualquier vicio, y, muy especialmente, del alcoholismo, es la enfermedad de la conciencia. El alcohólico concibe, por la persona o personas que combaten su vicio (que generalmente son las más íntimas) todo el odio violento que debiera inspirarle su propia debilidad. El vicioso que confiesa su pecado y no hace a nadie, sino a sí mismo responsable de su lastimosa situación, es un enfermo rarísimo, cuya curación es casi segura. El vicio ha deteriorado su organismo físico; pero no ha afectado aun su conciencia.

Así como un paisaje ofrece multitud de perspectivas según los puntos de vista, desde los cuales se le contemple, el aspecto moral de un hecho es diversamente apreciado, según el juicio de cada uno de sus espectadores.

Como el rayo visual al penetrar en medos de distinta densidad, la noción de la justicia, ese rayo de luz de la conciencia, al penetrar en cada cerebro sufre una desviación más o menos apreciable.

La más notable de las facultades humanas, la que erige al ser racional en juez de sí mismo, resulta, pues, hasta cierto punto nula. El sentido íntimo es un juez corruptible siempre que está llamado a fallar en su propia causa.



